1st ed.

LÓPEZ

EL TANTO POR CIENTO.

EL TANTO POR CIENTO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe, á beneficio de Doña Teodora Lamadrid, el dia 18 de Mayo de 1861.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

Al Sr. D. Cristino Martos,

En prenda de fraternal cariño,

SU MEJOR AMIGO

Adelardo.

PERSONAS.	ACTORES.
ISABEL, condesa viuda.	Doña Teodora Lamadrid.
PETRA..............	Doña Balbina Valverde.
RAMONA............	Doña Elisa Boldum.
PABLO...............	Sr. Delgado.
ROBERTO............	Sr. Casañé.
GASPAR.............	Sr. Alisedo.
SABINO..............	Sr. Fernandez.
ANDRÉS.............	Sr. Pastrana.

ACTO PRIMERO.

Jardin de una casa de baños en las Provincias Vascongadas. En el fondo la fachada principal del establecimiento.

ESCENA PRIMERA.

PETRA, GASPAR y ROBERTO, de pie y alrededor de una mesa, examinan un plano. ANDRÉS, á la derecha, sentado en una silla y leyendo un libro ó un periódico.

ROBERTO. Bien merece esta mejora
la proteccion oficial.
(Señalando el plano.)

GASPAR. Si; (Despues de mirarlo.)
prolongais el canal
de Castilla...

ROBERTO. Hasta Zamora:
que segun lo pobre y flaca
que la vemos en el dia,
parece que todavia
la gobierna doña Urraca.
El ramal en construccion
agua llevará á su seno,
que fecunde su terreno
y exporte su produccion.
Zamora con su influencia

podrá, moviendo las canas,
competir con sus hermanas
Valladolid y Palencia.
Yo siempre á cualquier proyecto
el bien general asocio,
y hago, al hacer mi negocio,
el de todos.

GASPAR. En efecto:
mas si tienes un desliz...

PETRA. Compra siquiera una accion.

ROBERTO. Canal de navegacion,
de riego y fuerza motriz.

PETRA. (Extrañando la frase.)
¿Fuerza motriz?...

ROBERTO. Impulsiva
de una máquina cualquiera.

PETRA. ¿Y es productora?

ROBERTO. ¡Friolera!
Productora y productiva:
el recurso más feliz
que á la ciencia se ha debido.

PETRA. ¡Si tuviera mi marido
alguna fuerza motriz!

ROBERTO. Ya tenemos media caja
construida.

GASPAR. Pronto cobras.

ROBERTO. Estan paradas las obras
y las acciones en baja.
(Petra y Gaspar le miran con sorpresa.)
Esclusas, desmontes hondos,
fábrica y puentes de paso,
aunque el fondo no era escaso,
nos han dejado sin fondos.

GASPAR. Mas esta es obra sin duda
que á la provincia interesa,
y al momento que la empresa
ante las Córtes acuda,
ó crédito ó numerario
alcanzareis.

ROBERTO. Lo sospecho.

GASPAR. Pues hacedlo.

ROBERTO. Ya está hecho.

GASPAR. ¿Pedisteis?...
ROBERTO. Lo necesario:
una subvencion que alcance
á cubrir el compromiso.
PETRA. Y ¿la darán?
ROBERTO. Es preciso
conseguirla á todo trance.
PETRA. Y ¿se podrá terminar
la obra?
ROBERTO. Habiendo millones...
PETRA. Y ¿subirán las acciones?
ROBERTO. Sin duda.
PETRA. Compra, Gaspar.
GASPAR. ¿Qué?
PETRA. Papel, antes que cobre
más valor. En fin, haz algo.
GASPAR. Yo de mi paso no salgo.
PETRA. Pues nunca saldrás de pobre.
¿Primo?
ANDRES. ¿Qué? (Suspendiendo la lectura.)
PETRA. ¿Compras papel
del canal?
ANDRES. ¿Agua? No quiero.
ROBERTO. ¿Por qué ha de buscar dinero
quien es tan rico?
ANDRES. (¡Cruel!) (Sigue leyendo.)
ROBERTO. Si el gobierno nos concede
la subvencion y cobramos...
PETRA. Pues ¿quién lo duda?
ROBERTO. Y llegamos
á Zamora...
PETRA. ¿Qué sucede? (Pausa corta.)
ROBERTO. ¡Mil negocios! ¡Y uno loco!
PETRA. ¿Comprar barcas?...
ROBERTO. Es más vasto.
PETRA. ¿Hacer molinos y gasto
de fuerza motriz?
ROBERTO. Es poco.
PETRA. Pues esto produce un tanto...
ROBERTO. ¡Oh! tu mujer, segun veo,
tiene genio... (Con entusiasmo, á Gaspar.)
GASPAR. ¡Ya lo creo!

(Dímelo á mí que lo aguanto.)

ROBERTO. Mire usted, este es mejor:
en estos pueblos... (Señalando el plano.)

PETRA. Á ver...

ROBERTO. Castronuevo... (Leyendo en el plano.)

PETRA. Si.

ROBERTO. Bolver...
Tordehumos...

PETRA. Si, señor.

ROBERTO. Hay terrenos de sequio
que ofrecen ganancia cierta,
cuando el canal los convierta
en tablas de regadio.
Antes, logrando comprar
algunas tierras...

PETRA. ¿Algunas?

ROBERTO. Ó muchas: se hacen fortunas
inmensas.

PETRA. Compra, Gaspar.

ANDRES. ¡Buen negocio!
(Soltando el libro y acercándose á la mesa.)

GASPAR. Lo que es este
no es malo.

PETRA. Pues házlo.

GASPAR. Pero...

PETRA. ¿Qué pero? Si no hay dinero
que la Condesa te preste.
Por nosotros se interesa:
tú le administras sus bienes...

GASPAR. ¿Y tú por seguro tienes
que vendan... (Á Roberto.)

ANDRES. (Bajo á Petra.) Di: la Condesa...

ROBERTO. (Paseando con Gaspar.)
Averiguarlo pretende
mi encargado, y hasta ahora
no sé...—Amigo, tu señora
lo entiende.

GASPAR. ¿Qué es lo que entiende?
(Se paran.)

ROBERTO. Que es respetable sujeto
el oro, y busca con brio.

GASPAR. Pues ahí verás; trata el mio

con poquísimo respeto. (Siguen paseando.)

PETRA. La viudita...

ANDRES. Me contenta.

PETRA. Te enamora y te conviene;
que si eres rico, ella tiene
quince mil duros de renta.

ANDRES. Díme: ¿Pablo la siguió
á Bayona?

PETRA. Tambien fuí
yo á Bayona.

ANDRES. ¿Y ahora aqui
la sigue?...

PETRA. Y aqui estoy yo.

ANDRES. (Bajando la voz y con alegría.)
¿En relaciones estás
con Pablo?

PETRA. ¡Chico! Soy fiel.

ANDRES. ¿Tú eres la ninfa á quien él
sigue y persigue!

PETRA. Quizás.

ANDRES. Si me estimas cual te estimo
pónle los ojos serenos:
entreténmelo. ¿Qué ménos
puedes hacer por tu primo?

GASPAR. ¿Petra?

PETRA. ¿Qué?

ANDRES. No le des suelta.

PETRA. ¿Conque es rival tan cruel?

GASPAR. Ven, por si quiere Isabel
salir á dar una vuelta.

ESCENA II.

ROBERTO y ANDRÉS.

ANDRES. ¡Inícuo! ¡Cómo te burlas
de mi estado lastimoso!
«¿Por qué ha de buscar dinero
quien es tan rico?» ¿Eh?

ROBERTO. Supongo
que tú mantienes oculta
la situacion del tesoro:

pues si saben que á despecho
de tu pingüe patrimonio
gravita sobre tu alma
un *déficit* horroroso...

ANDRES. ¡Chis! mas bajo.

ROBERTO. ¿Ves?

ANDRES. Si saben
la verdad, me echan á fondo.

ROBERTO. Pero ¿cómo has disipado?...

ANDRES. ¿Y tú me preguntas cómo?
¿No has sido tú el sempiterno
corredor de mis negocios?

ROBERTO. ¿Negocios? (Con ligera ironia.)

ANDRES. Si; para muchos...—
¡Parece un sueño espantoso!
Juegos, mujeres, amigos,
eslabonados trastornos,
el ocio... ¡Nada en el mundo
es tan caro como el ocio!
Siempre la ocasion delante;
siempre el usurero pronto;
y luego el tanto por ciento,
ese reptil insidioso
que á lamer los capitales
comienza poquito á poco,
y luego no lame, chupa,
traga, devora, y más gordo
que su víctima, la suelta,
y la escupe y...

ROBERTO. (Tocándole en el hombro.)
Ecce, homo.

ANDRES. Mas no; no la suelta: entonces
fueran ménos mis ahogos.

ROBERTO. ¡Valor! Aun todos presumen
que eres muy rico.

ANDRES. ¡No todos,
Roberto! Tres usureros
me persiguen como lobos.

ROBERTO. ¿Tres nada ménos?

ANDRES. Con tres
escrituras de depósito.
Es decir, que entro en la cárcel

cuando quieran.
ROBERTO. (Animándolo.) ¡Qué demonio!...
Eres jóven...
ANDRES. Sin dinero,
chico, se envejece pronto.
ROBERTO. (Mirándolo despacio.)
Y aunque un poco trasnochado
y lácio, no eres mal mozo.
ANDRES. ¡Ps!...
ROBERTO. Tú has seducido algunas
mujeres.
ANDRES. ¡Oh! ¡Qué dichoso
aquel tiempo!...
ROBERTO. Esto dá siempre
cierto prestigio á los ojos
del bello sexo.
ANDRES. Si.
ROBERTO. Conque...
resuélvete en fin...
ANDRES. Á todo.
La Condesa...
ROBERTO. ¿La amas?
ANDRES. Yo...
desde que soy pobre, odio
á todo el mundo: mas ella
me puede sacar del golfo.
ROBERTO. ¿Le has dicho?...
ANDRES. Ni una palabra.
ROBERTO. Bien. ¿Cuentas con el apoyo
de tu prima?
ANDRES. Si.
ROBERTO. Ya es algo.
Prosigue: tiene mi voto
tu plan.
ANDRES. ¿Qué plan es el mio?
ROBERTO. (Como recordando.)
¿Qué plan? Si no me equivoco,
me dijistes... no recuerdo
cuándo...
ANDRES. ¿Qué te dije?
ROBERTO. El modo
de hacerla tuya.

ANDRES. No caigo...
¿Te dije?...
ROBERTO. (Despacio y con intencion.)
«Yo no abandono
á la Condesita; sigo
con el respeto más hondo
sus pasos, y no hablo nunca
de amor ni de matrimonio:
hago que las apariencias
me acrediten de dichoso,
y al par que en ella descuido
recelo inspiro en los otros.
De esta suerte...»
ANDRES. Esa es la táctica
de muchos que yo conozco.
ROBERTO. Esta es la calumnia muda
con que algunos se dan tono.
ANDRES. ¿Yo he pensado?... ¿Estás seguro?
ROBERTO. Si; y añadiste: «Si logro
dar un golpe que confirme
las sospechas...»
ANDRES. Ya supongo
lo que me inspiró...—Há tres años
que estaba aqui con nosotros
bañándose una muchacha
encantadora, un pimpollo
fragante.
ROBERTO. ¿Y qué?
ANDRES. Yo solia
echarle algunos piropos,
y ya de vernos unidos
murmuraban en los corros.
La noche de mi partida
aqui me encontraba solo:
era muy tarde: aquel era (Señalándolo.)
su balcon. Me agarro al tronco
de un árbol, y braceando
llegué... Ya han cortado el olmo
por donde subí. Yo he sido
un gimnasta poderoso.
ROBERTO. ¿Subiste?...
ANDRES. Empujo la puerta

y estaba echado el cerrojo.
De prisa la retirada
emprendí: mas el demonio,
que no duerme, hizo que alguno
me viera, y estos ociosos
bañistas, que se entretienen
en despellejar al prójimo...
¡Figúrate tú! En Paris
oia yo los sollozos
de la víctima. Me hablaron
de casaca y me hice el sordo.
¡Yo era rico, y el dinero
es tan cruel! (Pausa.) Si la pongo
en igual caso...

ROBERTO. (Ya es mio.)

ANDRES. (Mirando á la casa.)
¡Qué casualidad! El propio
aposento, á la Condesa
le sirve de dormitorio.
Mi fin es bueno: si acaso
la comprometo, le otorgo
mi mano.

ROBERTO. Y ella comprende
que su estado es peligroso;
que debe buscar un hombre
que la ampare...

ANDRES. Y de ese modo
¿imaginas que se casa
conmigo?

ROBERTO. Pues. (Ó con otro.)

ANDRES. (Reflexivo.)
No hay duda...

ROBERTO. (La compromete
este simple: me interpongo
y la defiendo, y...)

ANDRES. (¡Prudencia!
y en llegando el caso, ¡arrojo!)

ESCENA III.

DICHOS, RAMONA, despues SABINO.

RAMONA. (Dirigiéndose á Andrés, á quien vé de espaldas.)
¿Sabino?
ANDRES. (Á Roberto.) La criada.
RAMONA. Oye.
(Andrés vuelve la cara.)
Perdone usted. (Cortada.)
ANDRES. (Con dulzura.) Si perdono,
prenda.
RAMONA. Pensaba...
ANDRES. ¿Por quién
me has tomado?
RAMONA. (En tono de elogio.) Por un mozo...
ANDRES. ¿Es guapo mozo?
RAMONA. El que sirve
al señorito...
ANDRES. (¡Demonio!
¿si sabrá que estoy tronado?)
SABINO. ¡Ramona con dos... Ramonos!
¡Alerta!
ROBERTO. ¿Y cuándo se casa
tu ama?
SABINO. (Que en el período
de baños se reblandecen
con tanto estar en remojo.)
RAMONA. (Á Andrés.)
Sabino es aquel.
ANDRES. (Despues de mirarlo.) ¡Pues vaya!
Ya tengo por mal pronóstico
esta...
ROBERTO. ¿Te vienes?
ANDRES. ¿Contigo
puedo contar?
ROBERTO. Para todo.

ESCENA IV.

RAMONA y SABINO.

SABINO. ¿Cuál de los dos es tu amigo?
RAMONA. ¿Esas tenemos?
SABINO. ¡Qué pronto
que trabas palique!
RAMONA. ¡Tonto!
¡Si lo equivoqué contigo!
Desde que gastas sombrero
alto y chaqueta con faldas,
así... mirado de espaldas,
pareces un caballero.
SABINO. ¿Me equivocaste tambien
ayer tarde con don Pablo?
RAMONA. ¿No es tu amo?
SABINO. ¡Voto al diablo!
¿y es razon?...
RAMONA. ¿No te hace bien?
Él te dispensa favores,
y yo lo debo estimar.
SABINO. ¿Y vas á beneficiar
á todos mis bienhechores?
RAMONA. (Incomodada.)
Vamos.
SABINO. ¡Te abrazó!
RAMONA. Si fué
que estaba un niño llorando,
y descalcito, y echando
mucha sangre por un pié.
Llegó y lo empezó á curar
tu amo con un cariño!
SABINO. ¿Y siempre que llora un niño
tú te dejas abrazar?
RAMONA. Yo entonces de lo bendita
que es mi ama me acordé,
y dije: «cásese usté,
señor, con mi señorita.»
Y me abrazó.
SABINO. Que aproveche,

prenda.

RAMONA. Sin malicia alguna.

SABINO. Pero...

RAMONA. Me parezco á una
que fué su hermana de leche.

SABINO. Pues entonces...

RAMONA. No es posible
ser záfia. Yo... la verdad...

SABINO. (¡Tanta sensibilidad
me puede ser muy sensible!)

RAMONA. ¿Qué piensas?

SABINO. (Si no la escamo,
si no arranco de raiz...)

RAMONA. ¿Qué estás rumiando?

SABINO. (Cogiéndola de la mano.) ¡Infeliz!
¡Tú te fias de mi amo!

RAMONA. ¿Pero es posible que quepa
maldad?...

SABINO. ¿No mienten las fachas?
¡Ya ha perdido á tres muchachas!
(Agua vá.)

RAMONA. ¡Tres!...

SABINO. Que yo sepa.

RAMONA. Cierto que es tan cariñoso
conmigo...

SABINO. ¡Pura doblez!

RAMONA. Si, pues que venga otra vez,
verá...

SABINO. (Ya tengo reposo.)

RAMONA. (Con ira.)
Pues tuya es la culpa.

SABINO. ¡Mia!

RAMONA. Si ya te hubieras casado
conmigo...

SABINO. ¿Y hemos ahorrado
lo bastante todavia?

RAMONA. Yo... mucho más que tú vales.

SABINO. ¿Cuánto?

RAMONA. En el arca seguros,
tengo...
(Mira alrededor.)
cuatrocientos duros.

SABINO. Es decir... ocho mil reales.
RAMOMA. ¿Y tú?
SABINO. Peso sobre peso...
(Mira á todos lados.)
doce mil...
RAMONA. ¡Jesus, qué rico!
SABINO. ¡Doce mil realazos!
RAMONA. Chico,
¿y cuándo es la boda?
SABINO. Eso...
RAMONA. ¿Qué?
SABINO. Ya ves, cuatro mil reales
te aventajo en el caudal.
RAMONA. (Inquieta.)
¿Y qué?
SABINO. Que paran en mal
matrimonios desiguales.
RAMONA. ¿Y piensa usted, don tirilla,
que usted vale?... Adios te queda.
(Quiere irse, Sabino la detiene.)
SABINO. ¡Muchacha! (¡Que yo no pueda
vivir sin esta guindilla!)
Fué broma.
RAMONA. Pues no me des...
SABINO. Conque, chica, á ver si hacemos
algun negocio ó ponemos
nuestro dinero á interés.
RAMONA. Una quisiera arrojarse
á prestar y hacer fortuna;
pero hay tanto pillo, que una
no sabe de quién fiarse.
SABINO. Yo en Madrid de buena gana
iba á adelantar dineros...
RAMONA. ¿Á quién?
SABINO. Á unos jornaleros,
real por duro á la semana.
RAMONA. La cobranza es mucha lid.
SABINO. No: yo iba á dar mi dinero;
pero antes lo dió un banquero
que anda en coche por Madrid.
RAMONA. Es claro: Madrid es tierra
de pesquis y manos listas.

SABINO. Y allí los capitalistas
¡nos hacemos una guerra!
RAMONA. ¡Paciencia!
SABINO. ¡Acechando estoy!...
RAMONA. Á fé que nos han tocado
buenos amos.
SABINO. Yo criado,
lo que es criado... no soy.
RAMONA. ¿Pues qué eres?
SABINO. Y es necesario
que lo tengas muy presente.
He sido ya su escribiente,
y ahora soy...
RAMONA. ¿Qué?
SABINO. Secretario.
Yo en oficios no me empleo
de baja estofa: soy listo...
RAMONA. Yo peino al ama, la visto
y la acompaño á paseo.
Y no presta mi persona
otro servicio ordinario;
conque, si tú secretario,
yo camarera.
CONDESA. (Saliendo.) ¿Ramona?

ESCENA V.

DICHOS, la CONDESA, despues PABLO.

SABINO. Ahí tienes á la Condesa.
RAMONA. Y tu amo allí.
SABINO. (Nuestras gangas.)
CONDESA. Vé y lávame aquellas mangas
que dejo sobre la mesa.
SABINO. ¿Lavas mangas, Ramoncilla?
RAMONA. Aqui lavan mal lo fino.
PABLO. Entra en la cuadra, Sabino,
y pon al potro la silla.
RAMONA. ¿Ensillas?
SABINO. Aqui no hay otro
que entienda aquel vestuario.
RAMONA. ¿De quién eres secretario,

de don Pablo ó de su potro?

ESCENA IV.

La CONDESA, PABLO.

PABLO. (Despues de mirar alrededor y respirando con satis faccion.)
¡Ah!
CONDESA. ¡Calla! (Observando.)
PABLO. Ninguno observa...
CONDESA. Pensaba oir...
PABLO. Pero, dime:
¿no te cansa? ¿no te oprime
tan cuidadosa reserva?
CONDESA. ¿Te pesa?
PABLO. Ya ves: me ciño
tan fielmente á tus antojos,
que ni aun consiento á mis ojos
deletrear tu cariño.
Pero no hay amor profundo
que en tanto silencio quepa.
CONDESA. ¡Pablo!
PABLO. Rabio porque sepa
mi cariño todo el mundo.
Y á veces en la reunion
tengo intenciones atroces.
CONDESA. ¿De qué?
PABLO. De decir á voces
mi pasion y tu pasion.
CONDESA. ¡Muchacho! ¿Estás loco?
PABLO. Vamos;
hablemos...
CONDESA. Díme...
PABLO. Ante todo:
¿me quieres del mismo modo
que la última vez que hablamos?
CONDESA. ¡Vanidoso! Pues ¿lo ignoras?
PABLO. Al verte no desconfio;
mas cuando pasan, bien mio,
sin hablarnos ¡tantas horas!
enturbiando mi alegria,

dice la duda cruel:
¿si no me querrá Isabel
lo mismo que me queria?

CONDESA. Ausente el amor se acendra.

PABLO. Si, pero turban la calma...

CONDESA. Nubecillas que en el alma
el sol de la dicha engendra.
Inquietud del idealismo
que á veces duda se nombra,
y es melancólica sombra
que se hace el bien á sí mismo.
Es afan que me atormenta
tambien, y la calma pierdo.

PABLO. ¡Isabel!... (Queriendo tomarle una mano.)

CONDESA. (Retirándola.) ¡Y ahora me acuerdo!...
¡Si, pues me tienes contenta!

PABLO. ¿Temes que yo haga saber
mi amor?

CONDESA. Es causa distinta.
¿Por qué has comprado la quinta
que visitamos ayer?

PABLO. ¿Sabes?...

CONDESA. Dí.

PABLO. ¿Y eso te ofende?

CONDESA. Me ha disgustado: ¡ahí es nada!

PABLO. La compro porque te agrada
y porque el dueño la vende.

CONDESA. Ya comprendí la torpeza
de mi elogio, y me arrepiento.

PABLO. ¡Pues si es el mayor contento
que le debo á mi riqueza!
La flor que en tu pecho luce
cogiste allí.

CONDESA. ¿Y es razon?...

PABLO. Pues ya es tuya, y tuyas son
cuantas su jardin produce.
¿Quién te ha dicho?...

CONDESA. ¿Te incomoda
que yo indague?...

PABLO. ¡Qué locura!
Pensé poner la escritura
con los regalos de boda.

CONDESA. ¡Si eres bueno!
(*Cogiéndole una mano. Pablo intenta besar la suya: Isabel la retira mirando alrededor.*)
No seas loco.
PABLO. ¿Cuándo me sacas de penas?
CONDESA. ¡Si hace dos años apenas
que estoy viüda!
PABLO. ¿Y es poco?
CONDESA. Corto tributo en verdad
al anciano que aun bendigo,
ilustre sombra y abrigo
de mi temprana horfandad.
Cuando juzgo descubierto
nuestro amor, aunque inocente,
temo, Pablo, que la gente
se mofe del pobre muerto;
¡y me causa tan acerba
pesadumbre!...
PABLO. ¡Extraña fé!
CONDESA. Pues esta al principio fué
la causa de mi reserva.
PABLO. ¿Puede mas un desvario
que la dicha de los dos?
CONDESA. ¡Pablo!...
PABLO. (*Impaciente.*) ¿No es tiempo?
CONDESA. ¡Por Dios!...
Ten paciencia, Pablo mio.
PABLO. Yo aguardara con reposo,
á no vivir tan sujeto
nuestro amor.
CONDESA. (*Con candorosa malicia.*)
Es que el secreto
me puede ser provechoso.
Tú eres bueno al parecer.
PABLO. ¿Duda?
CONDESA. Aunque no me desvela,
un poquito de cautela
sienta bien en la mujer.
Y... comienzan á inquietarme
unos celos tan extraños,
cuando repaso los años
que has vivido sin amarme.

Yo quiero saber tu historia.

PABLO. Si fuera mi corazon
un libro...

CONDESA. (Interrumpiéndole.) ¡Con qué aficion
lo aprendiera de memoria!—
Ya que nuestras relaciones
estan ocultas, y puedo
hacer preguntas, sin miedo
de envidias y adulaciones,
yo sabré...

PABLO. Contra esa idea
ya he sabido prepararme.

CONDESA. Pues ¿qué has hecho?

PABLO. Congraciarme
con todo el que te rodea.
Pregúntales: no hay un hombre
mejor: indaga...

CONDESA. Eso quiero:
y ya lo he intentado; pero...
siempre que escucho tu nombre
temo que la turbacion
descubra mi sentimiento,
y callo ó hago al momento
cambiar de conversacion.

PABLO. Pues si no rompes la valla...

CONDESA. Sí haré, que amor me estimula...

PABLO. Gente viene.

CONDESA. Disimula.

PABLO. ¿Y cuándo?...

CONDESA. Prontito. Calla.

ESCENA VII.

DICHOS, ANDRÉS, PETRA y SABINO.

ANDRES. ¡Juntos!...

PETRA. Obsérvalos bien:
ni se miran.

ANDRES. Pues es cierto.

CONDESA. Aqui te esperaba. (Á Petra.)

PETRA. ¿Vamos
á emprender nuestro paseo

hácia Mondragon?

CONDESA. Aun hace
mucho calor.

ANDRES. Esperemos.

CONDESA. Gracias.

(Aceptando una silla que Andrés le ofrece y sentándose. Andrés se sienta á la derecha de Isabel.)

PETRA. (Ap. á Andrés.) La ocasion es calva.

ANDRES. Entreten á Pablo.

PETRA. Bueno.

(Esto lo dicen mientras Isabel se sienta y Andrés coge su silla. Petra pasa á la izquierda; coge el libro que Andrés dejó encima de la silla que ocupó al principio del acto, y se sienta en ella. En tanto entra Sabino y Pablo le sale al encuentro.)

SABINO. Ya está el potro...

PABLO. Bien: más tarde...

SABINO. Y ademas un caballero
que busca á usted.

PABLO. ¿Quién es?

SABINO. Dice
que apoderado del dueño
de la quinta.

PABLO. Y ¿qué pretende?

SABINO. Saber poco más ó ménos
cuándo se hace la escritura
y la entrega del dinero.

PABLO. ¡Ah! tiene razon. Que aguarde
hasta que venga el correo,
que estoy esperando letras
sobre Bilbao. (Váse Sabino.)

PETRA. (Observando de reojo á Pablo.)
(Veremos
á quién se acerca.)

PABLO. ¿Petrita?...

(Coge una silla y se sienta á la izquierda de Petra, de suerte que Andrés y Pablo estan casi de espaldas.)

ANDRES. ¡Qué linda flor!

CONDESA. Es muy bello
este jacinto.

ANDRES. Dos ramos
de flores por él ofrezco.

Condesa. ¡Ah! no, que usted perderia.
Andres. La flor que está en ese pecho
vale un jardin.
Condesa. Pues, amigo,
si vale tanto, yo pierdo.
Andres. En perder está la prueba...
Condesa. ¿La prueba de qué?
Andres. De afecto...
amistoso.
Condesa. La amistad
no necesita floreos.
Andres. (¿Si sentirá que no diga
de amor?...)
Petra. La compra celebro,
que la quinta es deliciosa.
Pablo. ¿Le agrada á usted?
Petra. En extremo.
Á la Condesa y á mí
nos gusta mucho.
Pablo. Por eso
la compré.
Petra. (Mudando de tono.)
¿Porque me gusta
la compró usted?
Pablo. Yo deseo
con ansia que algun verano
pase usted...
Petra. ¿Yo?... ¿cómo?... (Esto
ya es declararse. Me tiene
tanto amor como respeto;
mas evitar es preciso
las ocasiones.)
Pablo. (Espero
que lo que es Petra dará
buenos informes.)
Andres. Soy terco,
Condesa.
Condesa. ¿Y qué?
Andres. Que esa flor
me está quitando el sosiego.
Condesa. ¡Vaya un capricho!
Andres. Señora,

no es capricho el sentimiento
que inspiran tan fácilmente
esos ojos, y...

CONDESA. (Interrumpiéndole.) Mudemos
de asunto.

ANDRES. (¡Malo!)

CONDESA. (¡Y se atreve
el mentecato!...)

ANDRES. (Sospecho
que erré el golpe.)

CONDESA. (Es peligrosa
mi situacion.) (Se queda pensativa.)

ANDRES. (Con disgusto.) (Al momento
me voy á fondo. Resabios
de cuando tuve dinero.)

CONDESA. (Observando á Pablo y á Petra.)
(¡Y Pablito disimula
con tal primor!... vamos, esto
no puede seguir... Hoy mismo
anuncio mi casamiento.)

PABLO. Tardan en llegar las cartas:
¿verdad?

ANDRES. (¡Qué séria se ha puesto!
¿Si sabrá que estoy tronado?)

PETRA. (Con malicia.)
¿Espera usted algun pliego
importante?

PABLO. (Disculpándose.) No, señora;
no piense usted...

PETRA. Nada pienso.

PABLO. Asuntos de casa.

PETRA. (El pobre
no quiere que tenga celos.)

ESCENA VIII.

DICHOS, GASPAR. Trae varias cartas y un periódico.

GASPAR. Pablo, para tí me han dado...

PABLO. ¡Ah! ¿Cartas?... (Se levantan.)

GASPAR. (Dándoselas.) Tres nada menos.

CONDESA. ¿Hay para mí?

GASPAR. No, señora.
PETRA. ¿Y nosotros?
GASPAR. No tenemos
ninguna.
PETRA. Dáme el periódico.
(Busca la gacetilla y lee para sí.)
ANDRES. (Á mi sistema me vuelvo.
La sigo y aguardo...)
CONDESA. (Acercándose á Petra.) ¿Eres
política?
PETRA. (Sin apartar la vista del periódico.)
Siempre leo
la gacetilla.
GASPAR. Y los crímenes.
CONDESA. ¿Qué gusto!
PETRA. (Leyendo.) «¡Crímen horrendo!»
GASPAR. ¡Qué pronto has cazado!...
PETRA. Y este
es atroz.
ANDRES. Pues lee de recio.
PABLO. (No es esta.)
(Mirando la firma de una carta: abre otra y lee para sí con muestras de agitacion creciente. Todos atienden á Petra.)
PETRA. (Leyendo.) «Un labriego ha sido
»envenenado en un pueblo
»de la Mancha. Son notables
»las circunstancias del hecho.—
»Para salir de un apuro
»parece que vendió un huerto
»á un vecino suyo, á carta
»de gracia.» Pues no comprendo...
GASPAR. Vender á carta de gracia
es poder en cierto tiempo
prefijado recobrar
lo vendido, devolviendo
la cantidad recibida.
¿Estás?
PETRA. ¡Ah! si. (Lee.) «El usurero,
»que asi en el pueblo llamaban
»al comprador, tenia empeño
»en quedarse con la finca

»codiciada, y el labriego,
»al par que avanzaba el plazo,
»iba juntando el dinero.
»Antes que el plazo espirara,
»dos ó tres dias, comieron
»juntos. Á las pocas horas
»era ya cadáver...»

PABLO. (Acabando de leer su carta.) (¡Cielos!)
CONDESA. ¡Ah! ¡Qué infamia!
PETRA. «El asesino
»está en la cárcel.»
CONDESA. Me alegro.
¡Vaya una lectura amena!
Suelta ese papel.
PETRA. Daremos
una vuelta.
CONDESA. ¡Oh! Necesito
espaciarme. Ven.
PABLO. (Mirando la carta.) (Si creo
que estoy soñando.) ¿Gaspar?
GASPAR. ¿Qué tienes, chico? Estás trémulo.

ESCENA IX.

PABLO y GASPAR.

GASPAR. Habla.
PABLO. Que estoy arruinado.
GASPAR. ¡Arruinado! ¿Y cómo?...
PABLO. (Entregándole la carta.) Léelo.
GASPAR. «No he podido vender el papel de que usted »me habla, y siento en el alma tener que »decirle el motivo. El amigo cuya fianza ha»bia usted completado con sus bienes, al »rendir las cuentas de la recaudacion de »contribuciones ha salido alcanzado en una »suma enorme. En tanto que los tribunales »de Hacienda no resuelvan esta cuestion, us»ted no puede disponer de ninguno de los »bienes anejos á la fianza. Véngase usted in»mediatamente á la córte.»
Y estos bienes...

PABLO. Eran todos,
casi todos los que tengo.
Los que tuve.

GASPAR. Todavia...
La Hacienda tiene derecho
á cobrarse de cualquiera
de los fiadores; mas luego,
si resulta la insolvencia,
entrareis al prorateo
y... ¿quién sabe?...

PABLO. Me parece
que deliro...

GASPAR. El descubierto
asciende... (Mirando la carta.)

PABLO. ¿Á cuánto?

GASPAR. No dice...

PABLO. Será mi ruina: lo espero.
¡Era yo tan venturoso
hace poco!
(Se enjuga las lágrimas con la mano.)

GASPAR. ¡Eh! Ten aliento.

PABLO. Si, lo tendré.

GASPAR. Á las desgracias
nacemos todos sujetos.
No es hombre quien no ha sufrido
alguna.

PABLO. Aunque ves que tiemblo,
yo te suplico, Gaspar,
que no formes mal concepto
de mí.

GASPAR. ¡Pablo! (Tomándole una mano.)

PABLO. Nunca he sido
idólatra del dinero.
Y seré pobre con honra.

GASPAR. (Abrazándole.)
¡Pablo! ¿Pues quién duda eso?

PABLO. Mas la verdad, este golpe...
¡Si vieras en qué momento
lo recibo!

GASPAR. Sin demora
vete á Madrid. Yo me ofrezco
á acompañarte, que siempre

serviré de algo.

PABLO. Si debo
entregar quince mil duros
al instante.

GASPAR. ¿No está hecho
el pago?

PABLO. No está pagada
la quinta.

GASPAR. Pues te aconsejo
que no la compres.

PABLO. He dado
palabra de honor; el dueño
deshizo por complacerme
otro contrato; yo aun puedo
vendiendo algunas finquillas
juntar algo más del precio;
bastante más: no vacilo.
La palabra es lo primero.
Si, Gaspar; no lo perdamos
todo en un dia.

GASPAR. Yo siento
no poder...

PABLO. Si tú pudieras,
no te hablara yo...

GASPAR. Mas tengo
cuatro mil duros, si quieres...

PABLO. No bastan: te lo agradezco.

GASPAR. (Insistiendo.)
¡Qué diablos!

PABLO. Vete á Bilbao:
tú conoces el comercio;
búscame algun prestamista,
cualquiera, el más usurero;
con tal que pronto me saque...

GASPAR. Voy... Y acaso... (Deteniéndose.)

PABLO. Te prometo
pagárselo. No lo dudes.

GASPAR. ¡Yo dudar!

PABLO. Como solemos
pensar tan mal de los pobres.

GASPAR. ¡Oh! ¿vas á perder tu bello
carácter, porque has perdido

tu riqueza?

PABLO. Vé...

GASPAR. No; pienso
encontrarlo, sin salir
del mismo establecimiento.

PABLO. Pues corre.

GASPAR. Voy al instante.

PABLO. Atiende, y guarda silencio.
Ya me parece que todos
me señalan con el dedo,
y... ¿qué sé yo? Es pudorosa
la desgracia.

GASPAR. Pierde el miedo.
(¡Pobre muchacho!)

ESCENA X.

PABLO.

¡Dios mio!
¡en qué circunstancias pierdo
mi patrimonio!... Isabel,
porque era tuyo, lo siento.
(Se deja caer en una silla.)
¡Tener que comprar ahora
una quinta de recreo!...
Jamás inventó la suerte
un sarcasmo tan sangriento.—
Si descubren mi desgracia
y mi amor al mismo tiempo,
pensarán que interesado...—
Hoy he tenido un empeño
en que Isabel publicara
nuestro cariño, que temo
que tambien ella sospeche...
¡Jesus! La estoy ofendiendo.
(Se levanta.)
Peores que la pobreza
son los malos pensamientos
que inspira. Nunca he sentido
tan miserables recelos.

ROBERTO. ¿Y quién es? (Saliendo con Gaspar.)

GASPAR. Voy á decirles
(Señalando adentro.)
que no me esperen y vuelvo. (Sale.)
ROBERTO. Está bien. (Se adelanta.) Si es un negocio
aceptable... Mas ¿qué veo?...
Me parece...
PABLO. Gente llega.
ROBERTO. No hay duda. ¡Pablo!
PABLO. ¡Roberto!
(Se abrazan.)

ESCENA XI.

PABLO y ROBERTO.

ROBERTO. ¡Oh, qué agradable sorpresa!...
¿Viniste?...
PABLO. Ayer.
ROBERTO. No sabia.
¿Has viajado en compañia
de Gaspar y la Condesa?
PABLO. Juntos no; pero...
ROBERTO. ¿En Bayona
estuviste?
PABLO. Corto espacio. (Pausa.)
ROBERTO. Noto al mirarte despacio
cierto cambio en tu persona.
Tú eras alegre, y hoy, chico... (Mirándole.)
¿Tienes esplin?
PABLO. Puede ser.
ROBERTO. ¿Comienzas á padecer
enfermedades de rico?
PABLO. Dicen que has hecho un caudal...
ROBERTO. Ya sabes tú que mi herencia
fué corta: mas con paciencia
y algun negocio...—Tal cual.—
Poca ó mucha, mi ganancia
toda es tuya.
PABLO. Yo te doy
las gracias.
ROBERTO. Por algo soy
tu amigo desde la infancia.

y si quieres ser mi socio, (Abrazándole.)
ya sabes tú que soy listo,
no perderás.

GASPAR. (Viéndolos abrazados.) Por lo visto
ya está arreglado el negocio.

ESCENA XII.

DICHOS, GASPAR.

PABLO. Señores... ¿y el usurero? (Ap. á Gaspar.)
GASPAR. Este.
PABLO. ¡Roberto!
GASPAR. ¿Te pesa?
ROBERTO. Y dí, ¿qué persona es esa
(Con indiferencia á Gaspar.)
que necesita dinero?
GASPAR. Pablo.
ROBERTO. ¿Meditas tal vez
alguna empresa? Bien puedes
contar... (Pasando al lado de Pablo.)
GASPAR. ¿Conque eran ustedes
amigos?
ROBERTO. De la niñez.
¿Qué es ello?
PABLO. Ya que es preciso,
no lo niego.
ROBERTO. ¿Qué te altera?
Eres mi amigo y quisiera
librarte del compromiso.
PABLO. Presté una fianza y...
ROBERTO. Dí.
PABLO. Que tengo todos mis bienes
casi perdidos.
ROBERTO. ¡Que tienes
perdida tu hacienda!
PABLO. Sí.
Y yo ignorando el pesar
de que estaba amenazado,
ví una quinta, la he comprado,
y no la puedo pagar.
Algo me queda, y yo espero

que del trance en que me ves
me libres, y que me des
á rédito ese dinero.

ROBERTO. Si tal: en viendo la parte
que libras de la fianza,
con entera confianza
podré luego adelantarte...

PABLO. Quince mil duros me cuesta
la finca, y los necesito
al instante.

ESCENA XIII.

DICHOS, SABINO.

SABINO. Señorito,
que está aguardando respuesta
ese hombre.

PABLO. (Á Roberto.) ¿Ves mis apuros?

ROBERTO. ¿Qué firmas tienes?

PABLO. La mia.

ROBERTO. Pues chico, sin garantia,
ya tú ves... quince mil duros...

PABLO. Hombre, tu oferta amistosa
me ha infundido libertad...

ROBERTO. Una cosa es la amistad
y el negocio es otra cosa.
El que propones no es bueno,
y ¿qué he de hacer, voto al diablo?

PABLO. Sabes quién soy.

SABINO. (Mi don Pablo,
por lo visto está de trueno.)

PABLO. Mi honra.

ROBERTO. ¿Qué quieres que haga?
El hombre más caballero,
cuando no tiene dinero...
no lo tiene.

SABINO. (Y no lo paga.)

ROBERTO. Hay que tentarse la ropa
para dar dinero.

SABINO. (¡Pues!)

ROBERTO. Ya ves la alarma, ya ves

el estado de la Europa.
En vista de tanto alarde
militar, sin saber dónde
huye el dinero y se esconde,
que el dinero es muy cobarde.

PABLO. Aun me queda algun caudal.

ROBERTO. ¿En dónde?

PABLO. En varios lugares.

ROBERTO. Casas viejas, palomares,
bienes de pueblo.

PABLO. No tal.
Hombre, cuando yo me atrevo
á pedirte...

ROBERTO. Pues expresa
dónde y cuántos.

PABLO. Una dehesa.

ROBERTO. ¿En qué sitio?

PABLO. En Castronuevo.

ROBERTO. ¿En Zamora?

PABLO. Allí se halla.
Soy zamorano.

ROBERTO. En efecto
que tú...

GASPAR. (Ap. á Roberto.) El canal en proyecto
pasa por el pueblo.

ROBERTO. (Á Gaspar.) Calla.
Tu estado me compromete...

PABLO. (¡Oh!)

ROBERTO. ¿Cuánto vale?

PABLO. Hoy no sé.
La dehesa tasada fué
en el año treinta y siete.

ROBERTO. ¿En cuánto?

PABLO. En diez y ocho mil.

ROBERTO. ¿Duros?

PABLO. Si. Si es una vega...

ROBERTO. La vanidad solariega
tasaba en más...

SABINO. (¡Qué sutil!)

ROBERTO. Á mí no me tiene cuenta
en ese sitio.

GASPAR. (Ap. á Roberto) ¿Qué estás

diciendo?

ROBERTO. (Calla.) Y tendrás
que perder algo en la venta.

PABLO. Son terrenos de labor.

ROBERTO. Supongo que serán buenos.

GASPAR. (Ap. á Roberto.)
Y mira que los terrenos
han triplicado el valor.

ROBERTO. Mas ya que en tales apuros
en mí tu amistad confia,
¡qué diablos!... la dehesa es mia.
Te doy los quince mil duros.

PABLO. Mi madre en la hora postrera,
recomendados dejó
á sus colonos, y yo
si la vendo... No quisiera...

ROBERTO. Si, son recuerdos maternos...

PABLO. Yo procuraré que cobres
de otro modo.

ROBERTO. Mas los pobres
no podemos ser tan tiernos.
Mi dinero no es tan santo.

PABLO. (¡Oh! Me hielan y me pasman
sus palabras.) (Con la mayor angustia.)

SABINO. (¡Me entusiasman
los hombres que saben tanto!)

GASPAR. (Á Roberto en tono de súplica.)
Fué tu compañero.

ROBERTO. De ocio.

GASPAR. Ten piedad: calma su duelo.

ROBERTO. ¿Y para ganar el cielo
se inventó el hacer negocio?
Por probarte que pretendo (Á Pablo
servirte con eficacia,
la compro á carta de gracia:
pacto de retrovendendo.
Ya ves que doy testimonio
de que me aflige tu pena.

SABINO. (Pacto de retro... Me suena
á pacto con el demonio.)

ROBERTO. Fijo un plazo, y si en el dia
que cumpla, devuelves esa

cantidad, tuya es la dehesa,
y si no la dehesa es mia.

SABINO. ¿Cuándo se entrega el dinero?
Mire usted que está esperando...

PABLO. Acepto.

ROBERTO. Bien.

SABINO. (Á Pablo.) ¿Cuándo?

PABLO. Cuando...
te diga este caballero. (Señalando á Roberto.)

ESCENA XIV.

ROBERTO, GASPAR, SABINO.

SABINO. ¿Y usted, qué dice?

ROBERTO. Que esperes
un instante.

GASPAR. ¡Bien explotas
las circunstancias!

ROBERTO. He sido
un imbécil. Á estas horas
si yo lo apuro, del todo
suelta en mis manos la joya.
Pero yo siempre me dejo
llevar....

GASPAR. ¿Qué más ambicionas?

ROBERTO. ¿Qué más? Sacar al negocio
las entrañas. ¿Qué te asombra?
Parece que tú no vives
en este siglo. (Con enojo.)

GASPAR. Perdona.

SABINO. (¡Qué talento!)

GASPAR. (¡Si se casa
con mi mujer!...)

ROBERTO. ¿Y esa compra
de la quinta?... (Interrogando á Gaspar.)

GASPAR. Yo sospecho
que Pablo en secreto adora
á la Condesa: ella gusta
de la posesion, y él...

ROBERTO. ¡Hola!...

(¿Si estará correspondido?
¿Quién lo duda? Cuando afloja
quince mil... Hay que estorbar...
Si; pero ¿cómo se estorba?...
Si logro que me auxilien
Petra y...) Dí: ¿por qué no tomas
parte en el negocio?

GASPAR. ¡Hombre!
Pablo es mi amigo.

ROBERTO. Esta es otra.
Pues ¡hombre! ¿has de hacer negocios
con gentes que desconozcas?

ESCENA XV.

DICHOS, PETRA.

PETRA. Gaspar, la Condesa tiene
que hablarnos. Ven.

ROBERTO. En buen hora
llega usted.

PETRA. ¿De qué se trata?

GASPAR. Cállate. (Ap. á Roberto.)

ROBERTO. De que no hay forma
de conseguir que Gaspar
sea rico.

PETRA. Pues ¿quién ignora
que es tonto?

ROBERTO. (Procurando incitarla.)
Cuando el acaso
más feliz nos proporciona...

PETRA. ¿El qué?

ROBERTO. Una dehesa.

PETRA. ¿Terrenos?
(Con ansiedad creciente.)

ROBERTO. De labor.

PETRA. ¿Dónde?

ROBERTO. En Zamora.

PETRA. ¿Junto al canal?

ROBERTO. ¡En el mismo
trazado!

PETRA. (Pasando al lado de Gaspar.)
¿Por qué no compras?
SABINO. (¡Quién pudiera pellizcar
el negocio!)
ROBERTO. Es una monja.
GASPAR. Es de Pablo.
PETRA. (Con resolucion.) Si él la vende...
GASPAR. ¿Y he de explotar?...
ROBERTO. ¡Dále, bola!
Yo se la he comprado á carta
de gracia.
PETRA. Ya sé la forma.
ROBERTO. Le doy la tercera parte
y no la quiere.
PETRA. (Decidida.) La toma.
GASPAR. ¡Mujer!...
PETRA. ¿Tú te has empeñado
en que pidamos limosna?
GASPAR. ¡Petra!...
PETRA. Todos tus amigos
van arrastrando carroza,
y tú, fraile franciscano,
con venerable pachorra,
sigues recibiendo el cieno
que ellos al pasar te arrojan.
¿No se subleva tu orgullo (Con fuego.)
con esto? ¿No te abochornas?
SABINO. (Entusiasmado.)
(¡Qué mujer y qué negocio!)
PETRA. Y si al otro le acomoda
vender ó tirar su hacienda,
¿no es mejor que la recojan
los amigos que las gentes
extrañas?
ROBERTO. ¿No reflexionas
que ya vendió? Tú no alteras
la situacion de las cosas.
GASPAR. Es verdad; pero si Pablo
sabe... (Dudoso.)
ROBERTO. Calma tu zozobra,
Yo solo daré la cara.
PETRA. Hecho está. (Dando la mano á Roberto.)

ROBERTO. Pasaré nota
á Bilbao...
GASPAR. Pero mira...
PETRA. ¡No me sofoques!
ROBERTO. Aprontas
cinco mil duros y yo
diez mil.
(Se retira á la mesa, saca una cartera y escribe con lápiz.)
GASPAR. Yo...
PETRA. ¡Jesus! ¡Qué posma!
GASPAR. Tomo parte; si, la tomo.
(Con ira, y gritando.)
Pero escucha.
PETRA. No estoy sorda.
GASPAR. Tenemos cuatro mil duros
y la parte que me endosa
vale cinco.
SABINO. (Metiéndose entre los dos.) ¡Don Gaspar!...
(Con tono bajo, anhelante y humilde.)
¡doña Petra!... Si me otorgan
ustedes su vénia, yo
les entrego sin demora
los mil duros que les faltan.
PETRA. ¿Tú tienes?...
SABINO. Para que corran
de este súbito negocio
las vicisitudes todas,
y á mí, á cencerros tapados,
me den mi parte alicuota.
Yo callaré.
GASPAR. ¿Tú te atreves
á hacer negocios en contra
de tu amo?
SABINO. Yo no altero
la situacion de las cosas.
PETRA. Claro.
SABINO. Y una es la lealtad,
señor, y el negocio es otra.
PETRA. Ya ves que se ingenian todos...
GASPAR. ¿Pues no es mejor que este ponga
(Por Roberto.)

once mil?

PETRA. Calla; no sepa
que nos falta esa bicoca.
Pónlos. (Ap. á Sabino.)

SABINO. (¡Ya soy un banquero
en agraz!)

ESCENA XVI.

DICHOS, RAMONA.

RAMONA. (Entra apresurada.) Que mi señora
aguarda á ustedes.

PETRA. Ya vamos.

RAMONA. Que quiere hablarles.

SABINO. Ramona.

RAMONA. ¿Qué pasa?

SABINO. Acabas de hacer
un gran negocio.

RAMONA. ¡Yo!

SABINO. Afloja
los ocho mil. He contado
con ellos.

RAMONA. ¿Tú?...

SABINO. ¿No me adoras?

RAMONA. Una cosa es el amor,
hijo, y el negocio.

SABINO. ¡Tonta!...
¡Si es magnífico!... Si estamos
metidos con gente gorda!

RAMONA. Pues yo...

ROBERTO. (Con el plano en la mano.)
Porque ustedes vean
que mi oferta es generosa,
han de saber que las Córtes
estan discutiendo ahora
la subvencion.

SABINO. (Á Ramona.) Nuestro asunto.

RAMONA. El tuyo: yo...

ROBERTO. Si la otorgan,
como espero, antes de un año

llega el canal á Zamora.
Ya sabeis dónde se halla
la tal finquita; pues toma
tan grande valor, que hacemos
todos una suerte loca.
Ved: Castronuevo. Estas tierras
que estan al canal tan próximas,
diez veces aumentarán
su valor, cuando las obras
se terminen... Á nosotros
la dehesa tendrá de costa
solo la tercera parte
de lo que hoy vale; de forma
que en un año treinta veces
nuestro dinero se dobla.

RAMONA. ¡Treinta veces?

GASPAR. El negocio...

RAMONA. Chico, dispon de mi bolsa. (Á Sabino.)

GASPAR. Que no sepa...

PETRA. ¡Calla!

ROBERTO. Todo
lo perdemos si recobra
la finca.

PETRA. Hacer la escritura
á plazo breve.

SABINO. (Sin poder contenerse.) ¡Y sin próroga!

PETRA. ¿Teme usted?...

ROBERTO. Temo que un golpe
nuestros planes descomponga.

PETRA. ¿Cómo?

ROBERTO. Si Pablo se casa
antes de un mes y la esposa
es muy rica, con su dote
puede dovolver la cuota
recibida y nos quedamos
sin la dehesa.

RAMONA. (A Sabino.) ¿Tiene novia?

SABINO. No sé.

PETRA. (Con petulancia.) Creo que no.

ROBERTO. (Con fuego.) Se indaga
y se descubre y se estorba...
No hay que jugar con la suerte:

señores, una vez sola
(Todos le escuchan con ansiedad creciente.)
se presentan en la vida
negocios de tanta monta.
¡El negocio es lo primero!
que la suerte es rencorosa,
y pronto vuelve la espalda
al que una vez la malogra.

PETRA. ¡Oh, si!

ROBERTO. Voy á formular
el contrato. (Váse.)

SABINO. Me impresiona
este hombre.

RAMONA. ¿Creerás que tiemblo
sin saber de qué?

PETRA. (Á Gaspar.) ¿Esa boda?...

GASPAR. Tambien sospecho...

PETRA. ¡Imposible!
¡Digo!... Pues fuera una broma...
y quizás ya es pobre.

CONDESA. ¿Petra?

GASPAR. ¡Calla! (Á Petra.)

PETRA. ¡Chito! (Á Sabino.)

SABINO. (Á Ramona.) ¡Punto en boca!

ESCENA XVII.

La CONDESA, GASPAR, PETRA, RAMONA y SABINO.

CONDESA. ¿No le has dicho á tu marido
que quiero hablar con ustedes?

PETRA. ¡Ay! Es verdad: ahora puedes
decirnos...

CONDESA. ¡Vaya un olvido!

GASPAR. Perdon: vino con urgencia
un amigo... y no era bien...

CONDESA. Perdono... porque tambien
necesito de indulgencia.

GASPAR. Desde luego la prometo.

PETRA. ¡Tú de indulgencia!

CONDESA. ¿Es extraño?

PETRA. ¿Y por qué?

CONDESA. Porque hace un año
que les escondo un secreto.
PETRA. Pues habla.
CONDESA. Y ¿huyen de mí
cuando pido parabienes?
PETRA. Habla, mujer; ya me tienes
curiosa.
RAMONA. (Acercándose.) Y á mí.
SABINO. (Id.) Y á mí.
GASPAR. Pero mudemos de puesto,
si es un secreto, Condesa.
CONDESA. Aqui mismo, ya me pesa
tanto sigilo..
PETRA. (¿Qué es esto?)
CONDESA. Gaspar, Petra, y tú, Ramona, (Con expansion.)
oye tambien.
PETRA. (¿Qué la obliga?...)
(Con extrañeza.)
CONDESA. No penseis por lo que os diga
que mi afecto os abandona:
de mis nuevas atenciones
nada teneis que temer,
antes os voy á querer
de hoy más con dos corazones.
PETRA. ¿Dos?...
CONDESA. Si; que al verlos unidos
en la presencia de Dios,
tendreis que querer á dos
y de dos sereis queridos.
PETRA. ¿Te casas? ¿con quién?
CONDESA. Pues hablo
de que me voy á casar,
tan solo podeis pensar
en un hombre.
PETRA. ¿En quién?
CONDESA. En Pablo.
(Movimiento, en Gaspar de sorpresa poco agradable; en los demás de profundo disgusto. Pausa.)
CONDESA. Qué es esto?
(Observando los semblantes con inquietud creciente)
SABINO. (¡Si el otro es pez!...)
PETRA. ¡Pablo!

SABINO. ¡Si lo dijo antes!
CONDESA. ¿Por qué todos los semblantes
palidecen á la vez?
PETRA. (¡Y á mí tuvo la insolencia!...)
RAMONA. Y me abrazó. (Ap. á Sabino.)
CONDESA. ¡Hablad!...
GASPAR. Señora...
PETRA. Ya es pobre y esta lo ignora (Ap. á Gaspar)
y es un cargo de conciencia...
CONDESA. ¿Qué significa el temor
que os ha infundido su nombre?
Hablad por Dios: (Leve pausa.) ¿ese hombre
es indigno de mi amor?
Gaspar, usted me profesa
cariño, firme amistad.
GASPAR. ¿Lo duda usted?
CONDESA. La verdad,
¡toda la verdad!
GASPAR. Condesa...
CONDESA. Pronto.
GASPAR. Sepa usted ahora
lo que ha de saber despues.
Pablo ya... Pablo no es
lo que parece, señora.
Callar ofrecí: confio
en que al fin se sabrá todo.
Aguarde usted, que es el modo
de no engañarse. (Váse.)
CONDESA. (¡Dios mio!)
¡Petra!...
PETRA. ¿Qué? (Deteniéndose.)
CONDESA. Dime en seguida
lo que Gaspar me recata.
Mira, por Dios, que se trata
del bien de toda mi vida.
PETRA. Con que Pablo... (Con expresion sarcástica.)
CONDESA. ¡Por favor!...
PETRA. ¿No comprendes?...
CONDESA. No adivino...
PETRA. ¡No has visto que el libertino
me persigue con su amor!
No pensé...

CONDESA. ¡Dios poderoso!...
PETRA. Que fueras tan inocente.
Si esto hace de pretendiente,
figúrate tú de esposo. (Váse.)
CONDESA. ¡No es sueño!...
RAMONA. Pues si ha querido
emplearse en mi persona.
CONDESA. ¡Basta!
SABINO. Si ayer con Ramona
andaba á brazo partido.
CONDESA. ¡Que tanto martirio quepa
en un momento!
RAMONA. Si es
un hipócrita; si á tres
ha perdido, que yo sepa.
SABINO. Si no hace más que abrazar...
RAMONA. Y asi con tan buenos modos...
CONDESA. ¡Basta ya! Dejadme todos.
No me acabeis de matar.
(Ramona y Sabino se retiran y se detienen al ver entrar á Pablo; quedan en segundo término.)
¡Yo muero!...
RAMONA. Tuvo la audacia...
SABINO. Si lo ví.
RAMONA. Que yo no miento.

ESCENA XVIII.

La CONDESA, PABLO, SABINO, RAMONA, despues ANDRÉS y luego ROBERTO.

PABLO. Es mi deber: al momento
debe saber mi desgracia...
¿Isabel?
CONDESA. ¡Oh! (Con ira.)
RAMONA. ¡Qué süave!
SABINO. ¡Toma! Y quizás la convenza.
PABLO. ¡Ah! ¿Qué es esto?
CONDESA. La vergüenza
me abrasa.
PABLO. Todo lo sabe.
¿Qué nuevo mal me amenaza

en ese ceño cruel?

CONDESA. ¿Y usted lo duda?

PABLO. ¡Isabel...
¿tambien usted me rechaza?

CONDESA. ¿Y no hay motivo?...

PABLO. ¡Gran Dios!...
¿Piensa usted de esa manera?

CONDESA. Ni una palabra siquiera,
todo acabó entre los dos...

PABLO. ¿Es causa de un rompimiento?...

CONDESA. ¡Basta! ¡Y lo duda el traidor!

PABLO. (Abismado.) (Fortuna, amistad, amor...
Todo... todo... en un momento!...)

CONDESA. (Las lágrimas que devoro
de cobarde me motejan.)

PABLO. (¡Ay de mí! ¿Por qué me dejan
el alma con que lo lloro!...)

RAMONA. Pero dime: ¿es largo el plazo?

ANDRES. Señora, ¿qué detencion
es esta? Ya la reunion
nos aguarda.

CONDESA. Andrés... el brazo.
(Se le dá con prontitud.)

ANDRES. Perdone usted: al jacinto
he tocado con el codo.

CONDESA. Tómelo usted... de este modo...
(Arrancándose la flor.)

ANDRES. ¡Oh! ¡fortuna! (Esto es distinto!)

PABLO. (¡Él es rico!...)

ANDRES. (Pues señor...)

SABINO. Protégele. (Señalando á Andrés.)

RAMONA. Ya lo sé.

PABLO. (¡Y yo la quinta compré
porque produjo esa flor!)

CONDESA. (¡Oh! no puedo andar.)

RAMONA. ¿Doblamos
treinta veces?...

SABINO. En efecto.

ROBERTO. Ven, firmarás el proyecto
(Saliendo y tocando á Pablo en el hombro.)
de escritura.

PABLO. (Estremecido. (Oh!)

ROBERTO. (Casi con desprecio.) ¿Tiemblas?
PABLO. ¡Vamos!

(Roberto y Pablo por la izquierda: la Condesa y Andrés por la derecha. Cada uno de los criados sigue á su amo, echando cuentas por los dedos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de recibo en la casa de baños. Á la derecha una puerta que conduce á las habitaciones de Petra y Gaspar. Á la izquierda dos, la primera conduce al dormitorio de la Condesa; la segunda al de Ramona. Otra en el fondo que abre paso á la galeria. Es de noche. Todas las puertas estan cerradas.

ESCENA PRIMERA.

RAMONA, que sale de su habitacion con una bujia en la mano. Se acerca de puntillas al dormitorio de la Condesa, aplica el oido á la cerradura de la puerta y escucha un momento.

Pues señor, no me esperaba
tanta quietud... No he podido
pegar en toda la noche
los ojos. Por más que dijo
don Andrés, á cada instante
oir pensaba los gritos
de mi señora, pidiendo
socorro: mas por lo visto
estaban conformes. Vaya...
(Poniendo la luz sobre un velador.)
más vale asi. Ya respiro. (Pausa.)
Pero... si aun me queda espina...
Despues de tanto cariño
á don Pablo, ya resuelta

á tomarlo por marido,
¡admitir de don Andrés
en tal hora y en tal sitio
visitas! Tambien el otro
le ha salido antojadizo
y á más pobre, y la viuda
ha mudado sus designios
en vista de un desperfecto
tan grande. La quiere un rico
y... Tambien, aunque Condesa,
hace negocio. (Pausa.) Imagino
que es cerca del alba.—¡Diablo!...
(Impaciente.)
Si mucho tarda, de fijo
le ven salir.—¡Pues apenas
han podido hablar! Él vino
á buscarme antes que el ama
subiera, y está escondido
desde las doce... Si estoy
por llamarlo... (Se acerca y escucha.)
No percibo
ni aun respirar...—Tengo miedo.—
¿Llamo?...

CONDESA. (Á Petra, saliendo de la habitacion de la derecha.)
No vengas.

RAMONA. (¡Dios mio!)

ESCENA II.

La CONDESA, PETRA, RAMONA.

PETRA. Déjame, que siempre fuiste
medrosa.

RAMONA. (Pues no se han visto.)

CONDESA. ¿Piensas acostarte?

PETRA. Un rato
y vestida.

CONDESA. Tu marido
no puede tardar.

PETRA. Le espero
á las seis, y ya las cinco
darán pronto.

CONDESA. (Despues de mirar su reloj.) Menos cuarto.
PETRA. Ya ves...
CONDESA. ¡Y cómo se han ido
las horas!
PETRA. Desde la una
me estás hablando del mismo
negocio. Todo, hija mia,
te lo has charlado.
CONDESA. Te he dicho
la causa de mi silencio;
mi triste amor; los motivos
que me obligaban...
PETRA. (Interrumpiéndola.) La historia
de un año.
RAMONA. (¿Si se habrá ido?
¿Y cómo? (Mirando á la puerta del fondo.)
Si está cerrada
por dentro. ¡Qué compromiso!)
PETRA. ¿No te acuestas?
CONDESA. Pero dime...
PETRA. ¿Queda más?
CONDESA. Yo te suplico
que tengas paciencia. Ahora
te puedo hablar con sigilo,
y despues hay tanta gente
importuna...—Aqui vivimos
en familia,—y estas cosas,
que siempre arrancan suspiros
del alma... ya ves... El llanto
no quiere muchos testigos.
PETRA. Habla pues.
CONDESA. Ya que lo sabes
todo, ¿persistes?...
PETRA. Persisto
en lo que tú, ménos ciega,
debistes ver.
CONDESA. ¡Que él te quiso
seducir!...—Dime sus mismas
palabras.
PETRA. ¡Vaya un capricho!
No tiene amor, hija mia,
(Con ligera ironia.)

un lenguaje definido,
que á veces tartamudea
para ser más expresivo.
Sin necesidad de frases
concretas, hay mil indicios
que claramente denuncian
amorosos desvarios.
Eso, todas las mujeres
lo conocemos á tiro
de ballesta.

CONDESA. Dices bien;
pero...

PETRA. ¿Qué?

CONDESA. Yo necesito
más pruebas. ¿Quién en la duda
se condena á este martirio
tan horrible?

PETRA. ¿No le viste
seguirme siempre solícito
y...

CONDESA. Mira: yo le mandé
disimular, y él sumiso...

PETRA. Y tanto que este mandato
se deleitaba en cumplirlo.

CONDESA. ¡Ah!...

PETRA. ¿Y comprar esa quinta
porque me gustó?

CONDESA. Eso mismo...

PETRA. Y decir que deseaba
con ansia, que su recinto
me hospedase algun verano?

CONDESA. ¡Tú en la quinta! ¡Ah! Ya concibo
la razon....

PETRA. ¿Cómo?

CONDESA. Él creia
casarse pronto conmigo:
de este modo, ya tú ves
que fácil hubiera sido
que tú... Y acaso pensaba
en esto, cuando lo dijo.
¡Si no puedo persuadirme
tal maldad!

PETRA. (¿Si habré yo visto
visiones?)
CONDESA. Ya ¿te figuras
que los hombres son tan tímidos,
que si Pablo hubiera dado
á tal pensamiento abrigo,
en un año, no podrias
referirme algun descuido,
alguna frase que hiciera
evidente su designio?
Y ahora recuerdo... Mil veces,
al saber que yo averiguo
su vida, me ha declarado
con la sencillez de un niño,
que ansioso solicitaba
la gracia de mis amigos,
para que siempre su nombre
resonase en mis oidos
con alabanza. Tú eres
la amiga que más estimo,
y él... ¡Petra del alma! acaso
serán muestras de cariño
las mismas con que nosotras
componemos su delito.
PETRA. (Y ya ¿qué hacer?...)
CONDESA. Desde niñas
previenen nuestro juicio
contra los hombres, y á veces
los juzgamos más inícuos
de lo que son.
PETRA. ¡Ay, qué pocas
en ese error incurrimos!
CONDESA. Si esta pena que me mata,
si esta zozobra en que vivo
me dicen...
PETRA. ¿Ya no recuerdas
lo que Gaspar te previno?
CONDESA. ¡Ay! ¡es verdad! Y Ramona
y el otro...
PETRA. Y todos.
CONDESA. ¡Dios mio!
PETRA. Ya estás libre: aguarda...

CONDESA. ¡Ay, Petra!...
¡con cuánta amargura miro
rota mi cárcel!... ¿Qué importa
mi libertad, si el espíritu
vaga angustioso y no sabe
qué hacerse del albedrío?
¡Si él era toda mi vida!
¡Si en torno del fementido
volaba mi pensamiento,
como manso pajarillo
que por amor y costumbre
vuela siempre al mismo nido!
¡Si ha sido mi amor primero!
¡Si era el único camino
por donde entraba en mi alma
la dicha y el regocijo!
Esta esperanza perdida;
estos recuerdos marchitos,
¡ay! ¡cuesta tanto encerrarlos
en la tumba del olvido!

PETRA. No llores.

CONDESA. Pues ¿para cuándo
es el llanto?

RAMONA. (Digo, digo...
y el otro que espera... Dios
me saque de este conflicto.)

PETRA. Vamos; sosiégate. Duerme
algun rato.

CONDESA. Y ¡tú has querido
alguna vez!—Ven: te estoy
cansando... (Dirigiéndose á su cuarto.)

PETRA. ¡Qué desatino! (Siguiéndola.)

RAMONA. Señora... (Saliendo al encuentro de su ama.)

CONDESA. ¡Ah! (Asustada.)

RAMONA. Soy yo.

CONDESA. (Á Petra.) ¡La pobre
de Ramona!... No ha dormido
esperándome.

PETRA. Ya tienes
compañia, y me retiro.

CONDESA. Atiende...

PETRA. ¿Vuelta?...

CONDESA. Es verdad.
¿Y Gaspar? Sin darme aviso
(Mudando de conversacion.)
se fué á Bilbao.
PETRA. Si viene...
ya sabes...
CONDESA. Tengo entendido
que le acompaña Roberto.
PETRA. Si; fué con él.
RAMONA. Y Sabino.
CONDESA. Y ¿quién más?
PETRA. ¿Quieres oir
el nombre del individuo?
Y Pablo.
CONDESA. (Con tristeza.) Yo ya no sé
lo que él hace.—Y ¿á qué han ido?
PETRA. Á hacer un pago.
CONDESA. (Con indiferencia.) ¡Ah!
PETRA. Negocios...
Adios. (Si no andamos listos...
nos dá un susto.)

ESCENA III.

La CONDESA, RAMONA.

RAMONA. Yo pensaba
que estaba usted...
(Señalando la habitacion de la Condesa.)
CONDESA. No: subimos
juntas, y hablando en su cuarto
nos hemos entretenido.
RAMONA. (Si yo pudiera impedir
que entre...)
CONDESA. Conque... ¿el señorito?...
RAMONA. Si, me abrazó; si, señora.
CONDESA. ¿Dónde y cuándo?
RAMONA. (Si consigo
entretenerla...)
CONDESA. ¿No escuchas?
Cómo fué?...
RAMONA. Si es muy sencillo.

Yo me encontraba á la puerta
del jardin; lloraba un chico
junto á la fuente; llegué
á verlo, y estaba herido
en un pié.

CONDESA. ¡Pobre criatura!...
Pero ¿á qué viene?...

RAMONA. Á que vino
don Pablo, rompió el pañuelo
¡y lo curó con un mimo!...

CONDESA. ¿Lo curó?...

RAMONA. Si es un hipócrita.
Al verlo tan compasivo,
como usted tambien profesa
tanta aficion á los niños,
me acordé de usted, y dije,
sin intencion, por decirlo:
«Don Pablo, cásese usted
con mi ama.» Y de improviso
me abrazó sin más ni más.

CONDESA. ¡Ah! ¡te abrazó!... (Con alegria.)

RAMONA. ¡Con un brio...
que ya, ya!...

CONDESA. (¡Pues ya lo creo!...
¡Ay, Pablo!...)

RAMONA. Lo vió Sabino...

CONDESA. ¿Que es tu novio?

RAMONA. Si, señora;
y me dijo... lo que he dicho,
que es un traidor...

CONDESA. (Pues... celoso...)

RAMONA. Un taimado, un libertino.

CONDESA. (¡Si es inocente; si el alma (Sin escucharla.)
me lo está diciendo á gritos!...
Tanto cargo y...)

RAMONA. (Si pudiera...)

CONDESA. (¿Qué haré?...)

RAMONA. ¿Por qué no salimos
á dar una vuelta? ¡El campo
por la mañana es tan lindo! (Pausa.)
(No escucha: ¡ay, Dios!... Ya se vé...
¡me encargó tanto Sabino

que le ayudara!... El negocio
manda... Si no es el marido
don Pablo, no desempeña
en el término preciso
nuestra dehesa. Y si las Córtes
nos dan lo que hemos pedido
para el canal... Doña Petra,
y yo, y él, y todos ricos.)

CONDESA. (Pero sin causa, ¿es posible
que todos pongan su ahinco
en acusarlo?—¿Y yo debo
condenarlo sin oirlo?—
Le escribiré: que defienda
su inocencia. Y si es indigno
de esta pasion... ¡que me engañe
por caridad!... No vacilo.)

RAMONA. (Pendiente de un hilo estoy.)

CONDESA. (Que al volver halle mi escrito...
Esto si que aliviará
mi corazon. ¡Ahora mismo!)
(Se dirige de pronto á su habitacion y abre la puerta.)
¡Ah! (Se para como extrañando algo dentro.)

ANDRES. Soy yo. (Saliendo.)

CONDESA. (Espantada.) ¡Jesus! ¿Qué es esto?

ANDRES. ¡Isabel!...

RAMONA. (Rompióse el hilo.)

ESCENA IV.

La CONDESA, ANDRÉS, RAMONA.

CONDESA. ¿Qué infame desenvoltura?...

ANDRES. Óigame usted por favor,
que no es verdadero amor
el que no raya en locura.

CONDESA. ¡Amor!

ANDRES. Él me hizo atrevido
y mi disculpa previene.

CONDESA. ¡Qué amor es este que tiene
asechanzas de bandido!

ANDRES. Yo...

CONDESA. Salga usted al momento. (Pausa.)
ANDRES. (Lo que es el golpe, se dió.)
CONDESA. ¿Usted no escucha que yo
le arrojo de este aposento?
ANDRES. Si usted me hiciera la gracia...
CONDESA. ¡Oh!...
RAMONA. (No sospecha de mí.)
ANDRES. Señora... yo no creí
que fuera tanta mi audacia.
CONDESA. ¿Cómo?... ¿Yo he dado licencia?...
(Andrés quiere hablar.)
Mas no: selle usted el labio.
Ya basta con el agravio
que me hace aqui su presencia.
ANDRES. Condesa... si está mal hecho,
usted con más de un favor
me ha animado.
CONDESA. ¿Yo?
ANDRES. (Mostrándola.) Esta flor
se encontraba en ese pecho.
CONDESA. (¡Oh!...)
ANDRES. Recibida en presencia
del que creí mi rival.
CONDESA. (¡Ay, Dios!...)
ANDRES. La juzgué señal
de mútua correspondencia.
Luego usted en el salon
estuvo tan complaciente,
tan nerviosa!... que la gente
ha fijado su atencion
en nosotros. Yo rendido
y víctima de ese encanto,
no necesitaba tanto
para ser algo atrevido.—
Hoy mismo...
CONDESA. (¡Qué inícua red!...)
ANDRES. Debo marchar á Madrid,
y me valgo de este ardid
por despedirme de usted
á solas. Mi atrevimiento
le ha disgustado, y me pesa;
mas ya sabe usted, Condesa,

que tiene algun fundamento.

CONDESA. (Con angustia y luego con ira.)
Ya me dice mi quebranto
que á cualquier mujer honrada,
un descuido, una mirada,
cuesta raudales de llanto.
Ya sé tambien, por mi mal,
que en las manos del traidor
libertino, hasta una flor
se convierte en un puñal;
que usted creer se permite
que yo le estimo y halago,
y es muy natural que en pago
mi deshonra solicite.
Mas que sepa usted anhelo
que si esta flor le entregué, (Se la arrebata.)
fué tan sin pensar... que fué
en vez de arrojarla al suelo; (Lo hace.)
que es mi olvido tan profundo,
que sin ofensa tan clara,
ni siquiera recordara
que usted existe en el mundo.—
Ya mira usted descubierto
mi desprecio positivo;
ya no tiene usted motivo
para deshonrarme. ¿Es cierto?
Pues salga usted, confiado
en que eso que llama amor,
solo me inspira... el rubor
de habérselo yo inspirado.

ANDRES. No me parece oportuno
salir.

CONDESA. ¡Cómo!...

ANDRES. Ya es de dia...
y si en esa galeria,
como es fácil, hay alguno...

CONDESA. (¡Oh! ¡vino á perderme!...)

ANDRES. Harto
les dimos ya que decir:
si ademas me ven salir
á estas horas de este cuarto...

CONDESA. ¿Piensa usted que la impostura?...

ANDRES. Yo pienso, señora mia,
que sin nombrar mi osadía
envidiarán mi ventura.

CONDESA. (Si; dirán...)

ANDRES. No es accion cuerda
hacer que esto se propale...

CONDESA. (Que el tesoro que más vale
tan fácilmente se pierda!)
(Á Ramona.)
¡Infame! ¿Cuánto dinero
te ha valido esta emboscada?

RAMONA. Yo no me vendo por nada...
que diga ese caballero...

CONDESA. Solo tu mano alevosa...

RAMONA. ¡Señorita!... ¡Yo tomar (Lloriqueando.)
dinero por... (Ayudar
mi negocio es otra cosa.) (Con sinceridad.)

CONDESA. Me basta ser inocente.
Hágame usted la merced
de salir.

ANDRES. Bien. .

RAMONA. Deje usted
que mire si pasa gente.

ANDRES. Si puede amor disculpar...

CONDESA. ¡Qué máscara tan grosera!...
(Llaman en la puerta del fondo en el momento en que Ramona vá á abrirla. Ella se detiene y escucha.)
¿Llaman?...

RAMONA. Si: y hablan ahí fuera.

CONDESA. ¿Quién?

RAMONA. Don Pablo y don Gaspar.

ANDRES. Calme usted su agitacion:
no es tan grave el compromiso.
Yo me escondo, y si es preciso
bajaré por el balcon.
(Entra en la habitacion de Isabel: Ramona abre la puerta del fondo: el teatro se ilumina del todo.)

ESCENA V

La CONDESA, PABLO y GASPAR.

CONDESA. (¿Qué padece la maldad,
si esto padecen los buenos?...)
GASPAR. (En la puerta, á Pablo, tomándolo de la mano.)
Pero despídete al ménos
de Petra y de...
PABLO. (Entrando.) Si; es verdad.
GASPAR. ¿Ya vestida? ¡Qué sorpresa!...
CONDESA. Si tal: dormir no consigo. (Sin mirarlos.)
GASPAR. Aqui viene nuestro amigo
á despedirse, Condesa.
PABLO. Y solo asi disculpara
tan importuna visita.
CONDESA. (¡Oh!...) (Sin volver el rostro. Pausa.))
GASPAR. ¿Qué has hecho á la viudita
que ni aun te vuelve la cara? (Ap. á Pablo.)
PABLO. Ser pobre.
GASPAR. ¿Sabe el asunto?...
PABLO. ¿No adviertes su desagrado?
(Gaspar le mira con incredulidad.)
Si. (Más pronto se ha olvidado
del pobre que del difunto.)
CONDESA. (¡Ay! me parece que estalla
mi razon.)
GASPAR. (Rompió su enlace...—
¡Ella tambien!...)
PABLO. (Mirando con abatimiento á la Condesa.)
(¡Aqui yace
mi ventura!)
GASPAR. (Llamando en su habitacion.)
¡Petra!...
PABLO. Calla.
(Gaspar sigue llamando.)
No alborotes de esa suerte.
GASPAR. Quiero que salga en seguida.
PABLO. No es cosa mi despedida
para que nadie despierte.
Y si no... (Señalando á la Condesa.)

ESCENA VI.

PETRA, DICHOS.

PETRA. ¿Ya de regreso?...
Di: ¿y el negocio? (Ap. á Gaspar.)
GASPAR. Ya está
firmado...
PETRA. ¿Sabes si dá
la subvencion el Congreso?
GASPAR. Que hay bastante oposicion
en los papeles leí.
PETRA. ¿Y teme Roberto?... (Con inquietud.)
GASPAR. Si;
que nieguen la subvencion.
PETRA. Pero atiende...
PABLO. (Sin dejar de mirar á la Condesa.)
(¡Yo estoy loco!...
¡El ídolo de mi fé!...)
¿Es posible?... (Acercándose á ella bruscamente.)
CONDESA. (Desconcertada.) ¿Cómo?... ¿Qué?...
PABLO. Que usted se estime en tan poco.
CONDESA. ¡Ah! ¡por Dios!... Usted creeria...
(Procura reponerse.)
Dígame usted: ¿qué le altera?
PABLO. ¿Ya no merezco siquiera
un poco de cortesia?
PETRA. (Interponiéndose entre los dos.)
¿Conque usted ha decidido
marcharse?...
PABLO. Cierto: despues...
GASPAR. ¿Se marchó tu primo Andrés?
PETRA. Creo que no.
PABLO. (¡Se ha estremecido!)

ESCENA VII.

ROBERTO, DICHOS.

ROBERTO. ¡Oh, qué temprano amanece!...
¿Saben ustedes? ..

PETRA. ¿Qué pasa?
ROBERTO. Que andan por toda la casa
buscando á Andrés.
PETRA. ¿No parece?
¡Si es loco!...
ROBERTO. Y le aguarda un coche
para partir al momento;
y lo que es por su aposento
no ha parecido esta noche.
¿Usted sabe?
PETRA. Yo no sé
dónde está.
ROBERTO. Pues corre priesa.
PABLO. ¿Mi señora la Condesa
sabe dónde?...
CONDESA. (Trémula.) ¿Yo? ¿Por qué?
(Pablo y Roberto observan con inquietud creciente á la Condesa.)
PETRA. Él echa muy de mañana
á la aldeilla un paseo,
que no sé qué trapicheo
tiene con una aldeana.
Y es muy capaz, si está allí,
de perder esta ocasion...
Les diré por el balcon
que vayan...
(Se dirige al cuarto de la Condesa.)
CONDESA. (Deteniéndola.) ¡Petra!... ¡Ay de mí!...
(Se desmaya en brazos de Petra.)
PETRA. ¡Chica! ¿Estás mala? ¿Gaspar?...
GASPAR. ¿Qué tiene?
PETRA. Nada: un vahido.
¡Si la pobre no ha dormido!...
Abre. (Señalando la puerta del cuarto.)
ROBERTO. (No sé qué pensar.)
(Petra y Gaspar meten á la Condesa en su habitacion y cierran.)

ESCENA VIII.

PABLO, ROBERTO. Los dos se interrogan con la vista. Pausa.

ROBERTO. (Pues no hay duda: ha traspasado
(Con ira reconcentrada.)
mis planes!—Su intrepidez
ha sido más venturosa
de lo que era menester.)
PABLO. (¡Y ella escuchaba temblando
cubierta de palidez!...)
ROBERTO. (Yo quise que la asustara...)
PABLO. (Señalando la habitacion de la Condesa.)
(¡Ahí está!)
ROBERTO. (Para tener
ocasion de interponerme
y defenderla despues.)
PABLO. (¡Si estoy por entrar!...)
ROBERTO. (¡Fiado
en su virtud!... ¡Qué sandez!)
PABLO. (¡Si no hay ojos tan valientes
que tal verdad quieran ver!—(Pausa corta.)
¡Y ha de quedar en mi alma
esta sospecha cruel
para siempre!)
ROBERTO. Que me vea
envuelto en mi propia red!...)
PABLO. (Cuando puedo... ¡He de sacarlo
arrastrando!) (Se lanza á la puerta.)

ESCENA IX.

RAMONA, que entra por el fondo, DICHOS.

RAMONA. Don Andrés,
(Al oir este nombre, se detiene Pablo.)
que ahora se marcha, me ha dado
esa carta para usted. (Se la entrega á Roberto.)
PABLO. (¡Ah, gracias! (Mirando al cielo.) Si no cabia
tanta infamia en Isabel;
si yo la quise, y si fuera

capaz de tal proceder,
no era posible que el alma
la hubiera querido bien.
¡Con qué inícua ligereza
juzgamos á la mujer!
Porque no me tiene amor,
¿no ha de tener honradez?
¡Gracias, Dios mio! ¡Que sea
honrada, ya que no fiel!) (Se dirige al fondo.)

ROBERTO. (Acabando de leer la carta, y con satisfaccion.)
(¡Ah!) ¿Pablo? ¿Te vas?

PABLO. (Deteniéndose.) Ahora
voy á mandar disponer
mi equipaje.

ROBERTO. ¿Ni siquiera
te despides?...

PABLO. (Con empacho.) Dices bien.
Mándame...

ROBERTO. ¿Vas á Bilbao?

PABLO. Cierto; y á Madrid despues.

ROBERTO. ¿Pero antes almorzarás
conmigo?

PABLO. No puede ser.
Tengo prisa.

ROBERTO. Pues ya sabes
que de mí... (Dándole la mano.)

PABLO. Todo lo sé.
Adios.

RAMONA. (Pues si este se vá
Sabino se irá tambien.)

ESCENA X.

ROBERTO.

(Repasando la carta.)
Que estuvo toda la noche
solo en su cuarto. ¡Eso es!
que ella se mostró indignada
de su atrevimiento: bien...
Que la pobre, aunque inocente,
comprometida se vé,

(Leyendo.)
«Porque me han visto al bajar,
»lo mismo que la otra vez.
»Cuando empiece el *tole, tole*,
»la puedes predisponer
»al casamiento: le dices
»que por mi parte no crees
»que habrá oposicion, pues sabes
»que soy un hombre de bien.
»La fama de mi riqueza,
»el afan de no perder
»su honra, y tu labia, espero
»que vencerán su desden.
»Escríbeme. ¡Qué negocios
»haremos!» ¡Qué imbécil es! (Pausa.)
Pues señor... ¡perfectamente!—
Pablo ha tronado, merced
á la parte que la Petra
tomó en el negocio. Andrés,
sin sospecharlo, me sirve
mucho mejor. (Pausa.) Cuando esté
ella afligida y... yo puedo
su inocencia defender.—
Andresito... No me estorba.
Comprando sus pagarés,
es decir, sus escrituras
de depósito, yo haré
que le den su recompensa
un escribano y un juez.
Metido Andrés en la cárcel,
con mostrar este papel
queda la Condesa honrada,
tan honrada como es.
¿Es mucho exigir su mano
en premio de esta merced?
¡Prudencia!... Son dos negocios
de muchísimo valer:
la Condesita y la dehesa
de mi amigo Pablo... ¡Pues!...
dos negocios que se van
redondeando muy bien,
y que fundidos en uno

completan mi redondez. (Pausa.)
Pablo y Andrés... ¡qué demonios!...
que defiendan su interés.
Dentro del negocio cabe
todo lo que es menester
para el negocio: ¡soy hombre
que hace negocios, y amen!

ESCENA XI.

ROBERTO, GASPAR; despues la CONDESA y PETRA.

¿Cómo sigue?
GASPAR. Bien.
ROBERTO. (Explorando.) ¡Es raro
ese desmayo!...
GASPAR. (Preocupado.) Al volver
en sí, preguntó si habia
alguien en el cuarto.
ROBERTO. ¿Y qué?
GASPAR. No queria convencerse
de que estábamos los tres
solos.
ROBERTO. Ahí viene.
PETRA. ¡Si apenas
te puedes tener en pié!...
CONDESA. Es que me ahoga ese cuarto
y no he de parar en él
ni un momento.
PETRA. (¡Qué rareza!)
ROBERTO. Doy á usted mi parabien.
CONDESA. Gracias, Roberto.—Y hoy mismo
nos marchamos.
PETRA. ¡Hoy!
ROBERTO. Andrés
ya se ha marchado.
CONDESA. (Con satisfaccion.) (¡Ah!)
ROBERTO. (Respira.)
PETRA. Y muchos.
ROBERTO. (¡Pobre mujer!)
PETRA. ¡Esto ya se vá poniendo
tan triston!

CONDESA. (Á Gaspar.) Escriba usted
á mi mayordomo el dia
de mi llegada.
ETRA. (Ap. á Roberto.) ¿Han de ser
tales que no nos concedan
la subvencion?
ROBERTO. No lo sé.
Lo principal es que Pablo
no devuelva... Que despues...
PETRA. ¿Sabremos hoy si las Córtes?...
ROBERTO. Un propio me ha de traer
las cartas. Tarda y lo espero
en una inquietud cruel.
Voy...
PETRA. Venga usted á avisarme
en el momento.
ROBERTO. Vendré. (Sale.)
PETRA. Pues chica, ya que nos vamos,
voy á preparar el tren
de marcha. (Entra en su habitacion.)

ESCENA XII.

La CONDESA, GASPAR.

GASPAR. ¿Escribo á mi nombre?
CONDESA. No, señor; yo firmaré:
que si no se asustaria
el pobre viejo.
GASPAR. Está bien.
¿Conque hoy?...
CONDESA. ¡Y ojalá no hubiera
venido!
GASPAR. ¿Cómo ha de ser?
No por eso se evitaba
su rüina.
CONDESA. ¿La de quién?
GASPAR. La de Pablo. Ya usted sabe...
Ya comprenderá por qué
le dije...
CONDESA. ¡Si todavia
no me puedo convencer!

GASPAR. Veremos. Mas por de pronto
no le consiente la ley
disponer de aquellos bienes
anejos...

CONDESA. (Con extrañeza.) ¿Qué dice usted?

GASPAR. La verdad: que esa fianza
le puede costar muy bien
toda su fortuna.

CONDESA. ¡Oh! ¿Cuándo
ha sabido usted?...

GASPAR. Ayer.
Cuando él mismo.

CONDESA. ¿Á eso aludian
las frases?...

GASPAR. Pues ya se vé.—
Es pobre y yo... recordando
la reserva y la esquivez
con que usted esta mañana
le ha recibido, pensé
que en vista de lo que ocurre,
usted pensaba romper
la boda.

CONDESA. ¡Gran Dios! ¡Si Pablo
lo habrá pensado tambien!

GASPAR. (Con gran sorpresa.)
¿Pues qué otro motivo?...

CONDESA. Petra
me dijo...

GASPAR. ¿Qué?

CONDESA. No sé qué.
Escriba usted, y... (Queriendo alejarle.)

GASPAR. ¿Nos vamos?

CONDESA. Si.

GASPAR. (¿Finge?)

CONDESA. ¡Dios de Israel!

ESCENA XIII.

La CONDESA.

Este dijo... y se figura...
¡Qué más pruebas necesito,

si en lugar de su delito
encuentro su desventura!
Que se halla en riesgo inminente
su hacienda, dice Gaspar.
¡Qué ménos me ha de costar
el saber que es inocente! (Pausa.)
Pablo vé... sin duda alguna
su desgracia y mi rigor,
¡y juzga que está mi amor
á merced de la fortuna!
¡Yo... que por gozar el bien
que me inunda de alegria,
poco es su hacienda, la mia
hubiera dado tambien!
¡Y piensa en estos momentos
que tanta bajeza cabe!...
¿Qué sabe amor, si no sabe
adivinar pensamientos?
Pero, en fin... tiene razon:
él no ha visto... ¡Dios eterno,
si debe ser un infierno
aquella imaginacion!
No comprende mi desvio
y con justicia me increpa.
¿Qué haré yo para que sepa
que no soy capaz?... ¡Dios mio!...
¡que mi suerte miserable
sea tal, que me afane ahora
porque sepa el que me adora
que yo no soy despreciable!

ESCENA XIV.

La CONDESA, RAMONA.

RAMONA. Todos toman el camino.
CONDESA. ¿Don Pablo?...
RAMONA. Tambien se vá.
CONDESA. ¡Ah! ¿se fué?
RAMONA. No se ha ido ya
porque no encuentra á Sabino.
(Pues no está.) (Mirando alrededor.)

CONDESA. Vé á su aposento
y díle...
RAMONA. ¿Á don Pablo?
CONDESA. Si.
Que al momento venga aqui,
que yo lo mando; al momento.
RAMONA. ¡Que venga!... (Con extrañeza.)
CONDESA. Corre.
RAMONA. ¿Y le indico
que es usted quien lo ha mandado?
CONDESA. No, no; que estará enojado:
díle... que yo lo suplico.

ESCENA XV.

La CONDESA.

Si hoy le quiere el alma mia
más que nunca le ha querido.
Y es natural: ¡he vivido
sin amarle todo un dia!
Quiera Dios que pronto acuda,
que ya la inquietud me abrasa.
Yo le diré cuanto pasa,
y lo creerá: ¿quién lo duda?
Á pesar de sus enojos
no habrá podido perder
la costumbre de leer
mi corazon en los ojos.
Y leerá mi pesadumbre,
la verdad del alma mia,
que no se pierde en un dia
tan agradable costumbre. (Pausa.)
¡Esta tardanza es cruel!...
¿Si habrá emprendido el viaje?
¡Si mi suerte!... (Escucha.) ¡Ah! un carruaje...
¡y parte!... ¡Pablo vá en él!
¡Y no me escucha!... ¡Y qué ideas
irán turbando su calma!
Y creerá... ¡Pablo del alma!...
¡no te vayas, no lo creas!...
La que tu amor ha alcanzado,

¿qué bien puede codiciar?
¿Ni cuál te puede negar
quien toda el alma te ha dado?

ESCENA XVI.

La CONDESA, RAMONA: despues PABLO y PETRA, y despues SABINO.

¿Se marchó?
RAMONA. ¡Qué! No, señora
viene al punto.
CONDESA. (¡Ah! ¡Ya descansa
mi corazon!)
RAMONA. Mas Sabino
no parece.
CONDESA. Hoy es la marcha.
Véte á tu cuarto y arregla...
y no vuelvas á esta sala
sin que te avise.
RAMONA. (El negocio
peligra.) (Entra en su cuarto.)
PABLO. Que usted me llama
me han dicho y...
CONDESA. ¡Pablo! (Vá á abrazarle.)
PETRA. (Saliendo.) ¿Isabel?
CONDESA. (¡Maldita!...) (Deteniéndose.)
PETRA. Ya está la carta...
CONDESA. Bien... despues...
PETRA. Es que Gaspar
te espera: ven á firmarla.
CONDESA. Dí que voy...
PETRA. ¿Pablo?... (Pasa á su lado.)
CONDESA. (No sé
cómo me contengo!... ¡Eh! ¡calma!
¡Ya está seguro!)
PETRA. ¿Y el viaje,
se suspende?
PABLO. No. (¿Qué pasa
aqui?)
CONDESA. ¿Pero has arreglado?...
PETRA. Todo: no me falta nada.

CONDESA. (¡Y no me deja!...)
PETRA. Sentémonos.
CONDESA. (¡Esto más!) Ven, que aun nos faltan
muchas cosas. (Entra Sabino.)
PETRA. No...
CONDESA. Si tengo
que hablarte.
PETRA. Vamos.
CONDESA. (Ap. á Pablo.) Aguarda.
SABINO. ¿Señor?...
CONDESA. (Pues vino tan pronto,
no hay miedo de que se vaya.)
(Entran en la habitacion de Petra.)

ESCENA XVII.

PABLO y SABINO.

PABLO. (¿Qué es esto? Que aqui la aguarde
me dice, y en sus miradas,
llena de ternura, ha vuelto
á resplandecer el alma.)
SABINO. (No hay duda: cuando habla solo
sigue tronado.)
PABLO. (¿Y qué causa,
en un espacio tan breve,
motiva tantas mudanzas?)
SABINO. Señor, usted...
PABLO. (Ya no debo
suponer que es mi desgracia;
porque esa es la misma y...—Ella
lo dirá.)
SABINO. ¿Usted me llamaba?
PABLO. Si... (Distraido.)
SABINO. ¿Qué ocurre?
PABLO. Que he dispuesto...
SABINO. ¿Marcharnos?
PABLO. Y esta mañana,
¿dónde has andado?
SABINO. Yo... hay cosas
que...
PABLO. Dí.

SABINO. Yo puse la escala.
PABLO. ¿Qué escala?
SABINO. Si no es por mí
se desnuca.
PABLO. ¿Quién? Acaba.
SABINO. ¿No sabe usted lo que ocurre?
PABLO. No.
SABINO. ¡Pues si en toda la casa!...
PABLO. ¿Qué saben?
SABINO. Que don Andrés
ha pasado en esta estancia
la noche.
PABLO. ¿Eso dicen?
SABINO. Eso
hemos visto.
PABLO. ¿Tú?... ¿Qué?... habla.
SABINO. Cuando usted y don Gaspar
subieron aqui, yo estaba
ahí bajo; cierto rüido
me hizo fijar la mirada
en este balcon y veo
que asoma un lienzo y se alarga
y se alarga, y luego salen
dos manos de hombre y lo atan.
Sale don Andrés entero
y sin vacilar, cabalga
en la barandilla y mira
alrededor y se agarra
á los hierros, luego al lienzo,
y midiendo medias varas
comenzó á bajar. No habia
medido bien la distancia:
se quedó en el aire: yo
puse debajo la escala
que está en el nogal, y el hombre,
más sano que una manzana,
tomó tierra. Pide avios
de escribir: pone una carta
para don Roberto: busca
el coche que le esperaba,
y subiéndose al pescante
y diciendo: «no me atrapa

ninguna,» restalla el látigo
y los caballos se lanzan
al escape.—Todavia
está la bandera blanca
en el balcon: más de veinte
la miran, y á cada ráfaga
de viento que la sacude
y la despliega ¡qué gracias
suenan en el corro!—Dicen
todos que ya sospechaban
el amor de la viudita
y don Andrés; que esta hazaña
no es la primera. Lo mismo
hizo con otra muchacha
hace tres años.—Y usted
sin saber nada...
(Pablo ha escuchado esta relacion con ira, que crece hasta convertirse en calma feroz.)

PABLO. Yo... nada.
SABINO. Verdad que á quien más importan
estas cosas, se las callan.
PABLO. ¿Á mí?... Pues ¿me importa á mí
esa mujer?... (Volviendo á la ira.)
SABINO. Yo pensaba...
PABLO. Si dices que yo he querido...
si dices...
SABINO. (Espantado.) Ni una palabra.
PABLO. ¡Te arranco la lengua! Véte.
SABINO. Yo no sé...
PABLO. Véte.
SABINO. (¡Caramba!...)
PABLO. Allí el lienzo... Aqui la flor
que le di pisoteada...
(Mirándola en el suelo.)
¡Hecha pedazos y expuesta
á la vergüenza mi alma!...
No tengo celos... que celos
no inspiran estas infamias.
Se hiela mi sangre... juzgo
que su deshonra me alcanza...
Al fin la quise...—Y ahora
¿qué busca esa desdichada?

¿qué exige de mí?—No hay duda:
ha perdido la esperanza
del otro y... Si no merece
ira. ¡Gran Dios! Dadme alma.

ESCENA XVIII.

PABLO, la CONDESA.

CONDESA. ¡Ah! ¡ya podemos hablar!...
¡Pablo del alma!... (Vá á abrazarle.)
PABLO. (Deteniéndola y retirándose.) ¡Señora!...
CONDESA. ¡Ay! por Dios...
PABLO. ¿Cómo es que ahora
no teme usted publicar
su amor?
CONDESA. Si lo dije ayer.
PABLO. ¡Oh! ¿Saben?... (Con ira reconcentrada.)
CONDESA. ¿Te es tan sensible?
PABLO. (Sí concibo que es posible
dar la muerte á una mujer!...)
CONDESA. Ayer mismo nuestra union
anuncié. De eso ha nacido...
¡Si vieras cuánto he sufrido
me tuvieras compasion!...
Mírame y haz que recobre
su quietud la que te adora.
PABLO. (El otro se fué, y ahora
se juzga digna de un pobre.)
CONDESA. Yo sin saberlo te dí
razones para quejarte;
pero... ¡ay! si no puedo hablarte
mientras me mires asi.
PABLO. Prosiga usted. (Aparentando calma.)
CONDESA. Nuestra union
les dije: de mil maneras
se oponen todos. ¡Si vieras
qué horrible combinacion
de sucesos; qué importuna
coincidencia!... ¿Quién creeria
que para hacer mal, tenia
tanto ingenio la fortuna!

¿Qué más? La Petra creyó,
yo no sé con qué pretexto,
que tú los ojos has puesto
en ella; que la amas.

PABLO. ¿Yo?...
(¡Oh, qué farsa!...)

CONDESA. Ella engañada
ocasionó mis extremos.

PABLO. (Los pobres no merecemos
mentira mejor fraguada.)

CONDESA. Dudé: perdon: ¡que no sea
tu castigo tan violento!...
¿En quién no influye un momento
el mundo que le rodea?
¿Quién puede del mismo modo
siempre esperar y creer?
Todo se llega á temer
cuando hay ejemplo de todo.
Nos cercan tantos modelos
de perfidia, tan profundo
desórden, que ya en el mundo
no es posible amar sin celos.
¡Allí la traicion en calma!...
¡Aqui el engaño se ofrece
siempre dormido!...

PABLO. (¡Parece
que está leyendo en mi alma!)

CONDESA. ¡Eh!... basta...—No se dilate...

PABLO. ¡No! que al fin quiere la suerte
que el engaño se despierte
y la traicion se delate!

CONDESA. ¡Qué engaño!...

PABLO. Yo empobrecí
y usted me olvidó, señora.

CONDESA. ¡Ah!

PABLO. Y ahora vuelve, y ahora
usted no es digna de mí!

CONDESA. ¡Pablo!... ¡Ay, qué duro castigo!
¡Yo olvidarte!... ¡yo!...

PABLO. (Mirando alrededor.) Más quedo.

CONDESA. No abuses de que hoy no puedo
incomodarme contigo.

Por Dios, Pablo, no consientas
en la ruindad de esos seres
fiscales de las mujeres,
rebuscadores de afrentas;
que piensan en su maldad
cuando nuestra vida exprimen,
que hasta encontrar algun crímen
no han hallado la verdad!

PABLO. ¡Eh!... ¡Basta de fingimientos!
(Cogiéndola por un brazo.)
que no hay mayor insolencia
que fingir tanta inocencia
con tan torpes sentimientos.
Anoche...

CONDESA. ¡Dios soberano!

PABLO. Aqui... tu honra... mi amor...
Y hoy, rebosando candor...

CONDESA. ¡Oye!

PABLO. ¡Me ofreces tu mano!
Y todo se queda en calma
cuando mi esposa te llames.
¡Si piensan estas infames
que ya no hay amor, no hay alma!

CONDESA. ¡Por Dios!! ¿Ha de ser la ira
quien me juzgue? ¡Oye sereno,
oye por Dios!

PABLO. ¿Te condeno
sin motivo?... ¿Es verdad?
(La coge del brazo, la lleva á su habitacion y abre la puerta.)
Mira:
allí está. ¿No te confunde
ese lienzo en tu balcon!
¡Escandaloso pregon
que tu deshonra difunde!

CONDESA. ¡Oye por la Vírgen santa!

PABLO. No te quieras disculpar,
porque estoy por anudar
ese lienzo á tu garganta.

CONDESA. ¡Por tu madre! (Arrodillándose.)

PABLO. ¡Calla!

CONDESA. (Cogiéndole una mano.) ¡Advierte!

PABLO. ¡Suelta!
CONDESA. Mátame si miento.
PABLO. ¡Si la muerte es un momento!
¡Si no es venganza la muerte!...
CONDESA. ¡Escucha!
PABLO. ¡Matarte yo!
No tiembles. ¿Quién de eso trata?
CONDESA. ¡Pablo!!...
PABLO. Por celos se mata.
por tanta vileza ¡no!
No quiero yo que tu muerte
diga á quien no lo ha sabido,
que alguna vez he caido
en la infamia de quererte.

ESCENA XIX.

La CONDESA, despues PETRA, GASPAR y RAMONA.

CONDESA. (Levantándose.) ¡Eh! valor para luchar
por mi honra. No es amor
lo que te pido, Señor; (Mirando al cielo.)
es honra! ¡Petra! ¡Gaspar!
¡Ramona! (Gritando.)
PETRA. ¿Qué pasa aqui?
GASPAR. ¿Qué es esto?
CONDESA. ¡No lo creereis!
PETRA. Habla por Dios...
CONDESA. ¿No sabeis
lo que se cuenta de mí?
Que anoche en mi compañia...
Andrés... ¿Qué más me preguntas?
GASPAR. ¡Jesus! ¡Qué maldad!
PETRA. ¡Si juntas
estuvimos hasta el dia!
CONDESA. ¿Es verdad?
RAMONA. ¡Si yo despues
me quedé con mi señora!...
CONDESA. ¿Es verdad?
GASPAR. (Indignado.) Pues ¿quién ignora
que es una infamia!...
CONDESA. ¡Oh! ¡lo es!

PETRA. Verás como yo confundo
esas calumnias atroces!...
CONDESA. ¡Verdad que direis á voces!...
GASPAR. ¡A voces y á todo el mundo!
CONDESA. ¡Pablo!... (Sale gritando por el foro izquierda.)

ESCENA XX.

PETRA, GASPAR, RAMONA, ROBERTO y SABINO, que entran por el foro derecha.

GASPAR. ¡Qué inícua invencion!...
PETRA. Vamos... (Se dirigen al fondo.)
SABINO. ¡Victoria!...
PETRA. ¿Qué es eso?
ROBERTO. ¡Albricias!
(Entra con un número de la Correspondencia.)
PETRA. ¿Por qué?...
ROBERTO. ¡El Congreso
concede la subvencion!
PETRA. ¿Lo dice? (Arrebatándole el periódico.)
ROBERTO. Aqui... Yo le he puesto
señal... (Señalando al sitio.)
PETRA. ¡Si aun no lo he creido!...
(Lee.) «Sentenciado á muerte ha sido
el que envenenó...» No es esto.
ROBERTO. Más bajo...
PETRA. ¡Ah! si... (Lee para sí.)
ROBERTO. ¡Qué negocio,
Gaspar!
PETRA. ¡Al pie de la letra!...
RAMONA. ¡Qué suerte!...
SABINO. ¡Qué doña Petra!
¡y qué magnífico socio!
ROBERTO. Las acciones del canal (Todos le rodean.)
han subido: los terrenos
cercanos suben lo ménos...
PETRA. ¡Una fortuna!...
SABINO. ¡Un caudal!...
PETRA. El tanto llega y con creces
á los cálculos que echamos.
ROBERTO. ¡Ya treinta veces doblamos!...

PETRA. ¡Treinta veces!...
SABINO. ¡Treinta veces!...
ROBERTO. Ya cada cual interesa
su porvenir en el lance.
PETRA. Ya es forzoso á todo trance
que no recobre la dehesa.
GASPAR. Si él no trata...
ROBERTO. ¡Se destruyen
sus planes!...
PETRA. ¡Fuera terrible!...

ESCENA XXI.

DICHOS, la CONDESA, que trae de la mano á PABLO. CABALLEROS y SEÑORAS, que al principio se quedan á la puerta y despues ocupan el fondo.

CONDESA. Ven. (Entrando con Pablo.)
PETRA. (¡Ah!) (Asustada: todos se estremecen.)
CONDESA. Decid si es posible
la infamia que me atribuyen.
ROBERTO. Yo... luego... hasta la evidencia (Ap. á Petra.)
demuestro que honrada es.
¡Ahora no!...
PETRA. (Ap. á Gaspar.) Calla. Despues
probaremos su inocencia.
CONDESA. ¡Oh!...
PABLO. Ya quizás no se acuerde
ninguno...
(Á la Condesa con sarcasmo sangriento.)
CONDESA. ¡Veis mi zozobra?!
GASPAR. ¡Ah! (Con angustia: Petra le coge la mano.)
SABINO. (Ap. á Ramona, cogiéndola de la mano.)
Si se casa, recobra
la finca y todo se pierde. (Pausa.)
PABLO. ¿Aqui la prueba se halla?
(Señalando el cuadro.)
CONDESA. ¡Ay triste!... ya me abandona (Anonadada.)
el cielo!... ¡Petra! ¡Ramona!
¿Estais mudos?
PETRA. ¡Calla! (Á Gaspar.)

SABINO. (A Ramona.) ¡Calla!
PETRA. Á nosotros... dos millones.
ROBERTO. ¡Más!... (Ap. á Petra.)
PETRA. ¡Y más! (Ap. á Gaspar: casi al oido.)
CONDESA. (Aterrada.) ¿No veis mi estado?
¿Qué sierpes se han enroscado
á todos los corazones?
PETRA. Si tienes hijos...—Con tiento,
que esta es su suerte, Gaspar.
SABINO. A tí te pueden tocar
mas de cien mil.
RAMONA. (Maquinalmente.) Más de ciento.
CONDESA. ¿No sabeis que se vulnera
mi honor? ¡La verdad imploro!
¡Por Dios!... ¿No veis que el que adoro
vuestras palabras espera?
SABINO. (Trescientos...) (Echando cuentas.)
CONDESA. Tú ¿no has pasado
toda la noche conmigo!
(Encarándose con Petra.)
Responde: dí...
PETRA. ¿Pues yo digo?...
CONDESA. Y usted ¿no sabe?... (Á Gaspar.)
GASPAR. Yo he estado...
CONDESA. Tú... (Á Ramona.)
RAMONA. ¿Yo, qué?...
CONDESA. Claro se vé...
Me matan... ¿No es desvario?
RAMONA. Ciento... (Echando cuentas.)
SABINO. Trescientos... (Id.)
CONDESA. ¡Dios mio!
¿Por qué me matan, por qué?
Tú de esta inícua sentencia
el mismo agravio recibes...
¡Y él aqui! (Por Pablo.) ¡Por qué no escribes
en el rostro la inocencia!
(Pausa.)
Y ¿pensais que estos agravios
me envilecen? ¡Qué sandez!
¡Qué!... ¡La virtud, la honradez
dependen de infames labios!
¡Soy honrada! y aunque sea

el orbe lo que sucede,
el orbe entero no puede
hacer que yo no lo sea!
Si yo me debo quejar
á mí misma, á mí que vengo
á pedirles lo que tengo,
lo que ellos no pueden dar.
¡Mi honra! ¿quién os la pide,
si siempre me ha acompañado!
¡La debo á Dios, que me ha dado
el alma donde reside!
¡Callad! Destrozadme asi.
Ya todo me importa nada;
que me basta ser honrada
para Dios y para mí!
¡Y lo soy! y ese desden
no me aflige... no me altera...
(Se vuelve, encuentra á Pablo y prorumpe en llanto.)
¡Ay, Pablo! Si yo pudiera
serlo para tí tambien!!...

PABLO. (¡Callan!...)

CONDESA. Míralos atento.
¿Ves qué aspecto tan sombrio?
¿Por qué, si el delito es mio,
es vuestro el remordimiento?

PABLO. (¡Y callan!...)

CONDESA. ¿Por qué temblais?
¿Los ves? Temblando se hallan.
¡Todos tiemblan!... ¡Pero callan!!

PABLO. (Sin poder contenerse.)
¡Infames! ¡por qué callais!
(Todas las figuras, hasta aqui abismadas y temblorosas, toman una actitud insolente al oir á Pablo.)
¡Yo solo tengo derecho
á juzgar sus extravios!
pero á vosotros, impios!
esta infeliz ¿qué os ha hecho?...
¿Por qué no sale una voz
de esas entrañas de roble?
Cualquier mentira es más noble
que ese silencio feroz...
¡Si ya juzgo que la mengua

es vuestra y ella inocente!...
Y si alguno me desmiente
le voy á arrancar la lengua!...

CONDESA. (Trémula de gozo.)
¡Pablo mio!... ¡Pablo mio!!...

PETRA. (Con voz alta y desconcertada.)
Ella es rica... y de ese modo...

CONDESA. ¡No los oigas!...

PETRA. Y por todo
pasa.

PABLO. (¡Ay, Dios!) (Aterrado.)

CONDESA. (Procurando llevárselo.) En tí confio:
ven: salgamos sin demora
de estas gentes. Tú sabrás
lo que ha pasado.

PABLO. ¡Jamás
volvemos á hablar, señora!

CONDESA. ¡Ah!...

PABLO. ¡Silencio! ó no respondo
de nada. (Váse.)

CONDESA. ¡Vírgen Maria!...
llévame... (Cayendo sin sentido.)

PETRA. ¡Cielos! (Acudiendo.)

ROBERTO. (Que lleno de inquietud se ha acercado á los dos, oye con satisfaccion las últimas palabras de Pablo, y recibe en sus brazos á la Condesa.)
(¡Ya es mia!...)
¡Calma! (Á Petra, Gaspar, Sabino y Ramona, que le rodean espantados.)
(¡Negocio redondo!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala lujosamente amueblada en casa de la Condesa, en Madrid. Dos puertas á cada lado y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO y RAMONA.

ROBERTO. ¿Y está mejor?
RAMONA. ¡Ya lo creo!
Desde qne dimos la vuelta
á Madrid, parece otra.
Ya no le repite aquella
convulsion... ¡Ay, don Roberto!
pasamos la pena negra
en las Provincias.
ROBERTO. Extraño
que á tí no te despidiera
despues...
RAMONA. Si, señor; lo hizo.
Como usted con tanta priesa
vino detrás de don Pablo
á poner en toda regla
la escritura, no ha sabido
lo que pasó.
ROBERTO. Cuenta, cuenta.
RAMONA. Quedó, despues de aquel lance,
muy tranquila; casi lela.

Escuchaba sin oir;
miraba sin ver. Y apenas
disculparnos pretendimos,
se puso como una fiera,
y agarrándonos del brazo,
nos echó de su presencia.
La verdad, dejarla allí
tan sola, nos daba pena.—
Estabamos indecisos,
cuando la misma Condesa
nos llama y nos dice, casi
con ternura, ¡si es muy buena!
«¿no sabeis que yo no puedo
aborrecer aunque quiera?
¿no sabeis que no hay agravio
más grande que mi indulgencia?
¿Qué os he hecho yo? ¿Por qué causa
me matais? Decid siquiera,
por qué...» Vaya, si estas cosas
hacen llorar á las piedras.
(Enjugándose los ojos.)

ROBERTO. (Alarmado.)
¿Le dijisteis la verdad?

RAMONA. ¡Qué! no, señor. Doña Petra
dijo que el otro es su primo;
que toda la parentela
ambicionaba la boda,
y en fin, cosas como estas.
Yo, que estaba allí mi novio,
y porque no presumiera
que la cosa habia pasado
conmigo, y asi... Mas ella,
«por eso no se asesina,»
daba por toda respuesta.
Y luego añade: «¡ay, qué imbéciles!
piensan engañarme...» Y suelta
una carcajada, y sigue
la carcajada, y no cesa
de reirse, y hasta el médico
se puso como la cera
cuando la vió, y hubo instantes
en que la dimos por muerta.

Se aliviaba: nos llamaba:
vuelta á las preguntas: vuelta
á las risas: y nosotros
sin saber por qué vereda
echar; pues dejarla sola
era crueldad manifiesta,
y estar á su lado, ¿cómo,
si nuestra misma presencia
la empeoraba? ¡Ay, todavia
me estan temblando las piernas!
En fin, mejoró: vinimos...
y hoy pienso que nos sujeta
á su lado...

ROBERTO. ¿Por saber
el secreto?

RAMONA. Esa es su idea.
Nos pregunta... mas no insiste,
porque la pobre le tiembla
á la convulsion.—Nos trata
hasta con mimo.

ROBERTO. ¿De veras?

RAMONA. Pero saca las uñitas
que es un primor; y nos echa
unas pullas!...—Ayer vino
de visita una marquesa.
«¿Qué hay de nuevo?» preguntó
el ama, y ella contesta:
«que Pablo ha tronado y dicen
que vendió su última dehesa
para comprar una quinta
de recreo. ¡Qué ocurrencia
de muchacho!» ¡Nos dió un susto
de mi flor.

ROBERTO. (Inquieto.) ¿Y la Condesa?...

RAMONA. Ya se vé, como de todo
quiere sacar consecuencias
para su avio, se puso
muy pensativa.

ROBERTO. ¿Y sospecha?...

RAMONA. Nada. Sabe que vendió:
nada más.

ROBERTO. ¡Ah!

RAMONA. ¿Y á qué fecha
cumple el plazo?
ROBERTO. (Desentendiéndose.) No recuerdo...
RAMONA. (Sorprendida.)
Señor, ¿usted no recuerda?...
(Suena una campanilla.)
¿Qué le ocurrirá?... ¡que suele
tener unas ocurrencias!...
ROBERTO. Anda á ver...
RAMONA. Como á su lado
hay que usar tanta reserva,
cuando una está con los socios
y puede hablar con franqueza,
se esplaya y... (Suena la campanilla.)
¿Digo que usted
la aguarda?
ROBERTO. No corre priesa.

ESCENA II.

ROBERTO, SABINO.

ROBERTO. (Mirando al reloj.)
Cada minuto me vale
seis mil duros. ¡Quién pudiera
sobornar al tiempo!
SABINO. (Despues de mirar á Roberto.)
¡El hombre!...
Veremos... ¡Ejem! (Tosiendo.)
ROBERTO. ¿Quién llega?
¿Y don Pablo?...
SABINO. Ahora lo he visto.
ROBERTO. ¿Busca el dinero? ¿Lo encuentra?...
SABINO. No hay que asustarse. Lo dejo
metido en casa, y no piensa
en tal cosa.—Desde que hizo
el trato de retro-venta,
aborrece las cuestiones
de dinero.—Solo espera
á ver si le sobra algo
de la fianza y la Hacienda
se lo devuelve, y con eso

quiere vivir en su tierra...

ROBERTO. Y dí: ¿no se comunica?

SABINO. ¡Quiá! Con nadie: ¡bueno fuera!...
Él está endeblillo: el médico
ha mandado que no tenga
fuertes impresiones. Yo,
que no olvido la receta,
y de sus pocos criados
soy el que está más alerta,
vá un amigo, lo despido
y me aguanto; vá una esquela,
la rompo; y asi no tiene
ninguna impresion violenta.
Hoy quiso salir de casa...

ROBERTO. ¿Y salió?

SABINO. No: la cabeza
le empezó á doler: vestido
se echó en la cama: las puertas
he cerrado, y aqui vengo,
y allí lo dejo que duerma.

ROBERTO. (Ya es seguro... ¡Qué primada!
¡Ofrecerles la tercera
parte!... ¡y por ménos!... ¡Si soy
un perdido!...)

SABINO. Y doña Petra,
¿ha bajado? Traigo el parte.

ROBERTO. ¿Qué parte?

SABINO. Yo le doy cuenta
diaria de lo que pasa
á mi amo.

ROBERTO. Pues se inquieta
sin motivo, porque el plazo
aun no cumple...

SABINO. ¿Cuánto resta?

ROBERTO. Lo ménos una semana.

SABINO. ¿Una semana?

ROBERTO. Sí.

SABINO. (Despues de mirar su reloj.)
Treinta
y cinco minutos.

ROBERTO. ¿Sabes?...

SABINO. (Sonriendo.)

Quizás usted no lo sepa.

ROBERTO. ¿Por qué se·lo has ocultado?...

SABINO. Y usted, ¿por qué lo reserva?

ROBERTO. Yo por...

SABINO. ¿Á que soy capaz
de adivinarlo?

ROBERTO. ¿De veras? (Pausa.)

SABINO. Si el negocio aun para cinco
es tan magnífica breva,
dígame usted: ¿qué seria
para dos?

ROBERTO. ¡Ah, pillo!...

SABINO. ¿Eh?

ROBERTO. Deja...
(Mira en un momento todas las puertas desde el centro del teatro.)
Y es verdad. ¿Qué han hecho ellos
para tanta recompensa?

SABINO. Quedarse cuatro minutos
perláticos y sin lengua.

ROBERTO. ¿Y han de doblar treinta veces?...

SABINO. Es un cargo de conciencia.

ROBERTO. Yo... si vendieran su parte...

SABINO. Repartámonos la presa.
Para usted el matrimonio
y para mí la doncella.

ROBERTO. Hay manera de obligarles
á soltar...

SABINO. Pues quizás sea
la que yo he pensado.

ROBERTO. Á ver
si adivinas la manera.

SABINO. Estos partes que yo traigo
de don Pablo, segun sean
adversos ó favorables,
pondrán el papel moneda
en alza ó baja. Lo mismo
que en la Bolsa.

ROBERTO. ¡Bien empiezas!
Sigue.

SABINO. Si hoy llego y le digo:
«nos quedamos sin la dehesa:

don Pablo pronto reune
los quince mil;» y usted llega
sin saber esto, y les dice
que aun falta semana y media
para que el plazo se cumpla,
y en seguida manifiesta
intenciones de comprar
su parte, como ella piensa
que está perdido... en tomando
más de lo que dió, la suelta.
Ramona, con el ejemplo,
ya la estoy viendo deshecha
por vender. Si yo le digo
que hay un tonto que desea
comprar su parte en el doble
de lo que ella ha dado... acepta.
Y como yo soy el tonto,
la compro con mano ajena.—
Usted me dará el dinero
que cueste, y todo se arregla
entre los dos. Esto es lícito;
estas son las contingencias...
Señor, ¿en qué sociedad
los socios no se codean?
Esto es natural. Yo veo
que los negocios empiezan
por muchos, y poco á poco
entre poquitos se quedan.
(Pausa en que los dos se miran con satisfaccion.)
¿Qué tal?

ROBERTO. Salud al futuro
capitalista!

SABINO. Asi sea.

ROBERTO. Sin pérdida de momento
das la noticia funesta,
el parte triste.

SABINO. Ahora mismo.

ROBERTO. ¿Vienen?...

SABINO. Si.

ROBERTO. Que no nos vean...

SABINO. Para usted el matrimonio
y para mí la doncella.

ESCENA III.

ROBERTO, PETRA y GASPAR.

ROBERTO. (Mira el reloj y dice con alegria)
Ya estará la escribania
cerrada.
GASPAR. (Amostazado.) Chico, ¿tú intentas
perderme?
ROBERTO. (Alarmado.) ¿Qué estás diciendo?
PETRA. Hola, Roberto...
ROBERTO. Adios, Petra.
GASPAR. Has extendido la voz
de que he logrado una inmensa
ganancia en un gran negocio...
ROBERTO. Hombre, el negocio lo esperas.
GASPAR. No está hecho, y ahora mismo
dos personas, cuya hacienda
administro, y á quien debo
mil atenciones, me ruegan
que les preste cantidades...
¡y no las tengo!...
ROBERTO. Y ¿te alteras
por eso?
GASPAR. ¡Y no me creerán:
y será fácil que pierda
su administracion!...
ROBERTO. (Dió lumbre.)
PETRA. Diga usted, ¿cuándo se cierra
el plazo? ¿Cuándo salimos
de angustias?
ROBERTO. Ya... poco queda.
PETRA. ¿Quizás mañana?!...
ROBERTO. Ocho dias.
PETRA. ¡Ocho más!...
GASPAR. ¡Maldita sea
la hora!...
PETRA. Calla.
ROBERTO. Si tanto
este negocio te pesa,
yo te compraré tu parte.

GASPAR. Yo...
PETRA. (Interrumpiéndolo.)
¿Le es á usted tan molesta
la compañia?
ROBERTO. No insisto.—
Mientras sale la Condesa,
voy á entrar en su despacho.
PETRA. Bien.
ROBERTO. Á poner cuatro letras.
(Él vacila, y ella vende
en cuanto sepa la nueva.)

ESCENA IV.

PETRA, GASPAR.

PETRA. ¿Ves? Compra. Buen testimonio
de que ya seguro es
el negocio.
GASPAR. Y tú ¿no ves
que á mí me lleva el demonio?
PETRA. ¡Gaspar!...
GASPAR. Y ¿no te estremece
esa mujer casi loca,
pendiente de nuestra boca,
que sellada permanece?
PETRA. ¿No ves que son dos millones
y medio, solo tu parte;
que estás expuesto á quedarte
sin dos administraciones;
y que tambien la Condesa
la suya te ha de quitar?
¡De qué vivimos, Gaspar,
si se malogra la empresa!
GASPAR. ¡Oh! si. Pero en tí, ¿no labra
su dolor? ¿No te remuerde?...
PETRA. ¿Y quién su negocio pierde
por decir una palabra!—
Piensa en nuestro porvenir.
Ya no me quieres, Gaspar. (Acariciándole.)
GASPAR. (¡Mi crímen fué comenzar,
y mi castigo seguir!)

PETRA. ¡Y vacilas!...

GASPAR. ¡Yo sentencio
á la deshonra y el llanto,
á quien quiero y debo tanto!
¡Si es horrible!...
(Ramona arrolla con una mano la portier de la primera puerta de la izquierda, y pone un dedo de la otra en la boca, indicando que callen.)

PETRA. ¡Ella! ¡Silencio!

ESCENA V.

DICHOS, la CONDESA y RAMONA.

CONDESA. Hola, buena gente.

GASPAR. (Con alegria.) (Creo,
que más aliviada está.)

PETRA. ¿Te sientes bien?

CONDESA. ¿Cómo os vá
desde anoche que no os veo?

PETRA. Muy bien.

CONDESA. ¿Las noches pasais
en un sueño?

PETRA. Si.

GASPAR. ¿Y la enferma?...

CONDESA. Es raro que yo no duerma
y que vosotros durmais!

RAMONA. (Ya empieza.)

CONDESA. ¡Qué feliz eres!
¿Duermes bien?

PETRA. Pues no te digo
que sí?

CONDESA. ¿No sueñas conmigo?

PETRA. No tal.

CONDESA. ¡Qué poco me quieres!
(De pronto á Gaspar.)
¿Y usted sueña?

GASPAR. Yo...

PETRA. (¡Se altera!)

CONDESA. ¿No sueña usted?

GASPAR. Yo... si yo...

CONDESA. Desde que tanto calló

no dice palabra entera.
Parece que tiene un nudo
en la lengua.

GASPAR. (Queriendo reirse.) ¡Qué locura!

CONDESA. ¡Pobrecito! Si esto dura,
se me queda tartamudo.
¿Ramona? Ven.

RAMONA. (¡Madre mia!)

CONDESA. Ven.

RAMONA. (Si me apura me pierdo.)

CONDESA. Yo tengo un vivo recuerdo
de aquel cuadro... de aquel dia.
En tanto que yo pedí
cuentas de mi honor en vano,
por los dedos de la mano
tú echabas cuentas... asi... (Lo hace.)
¿Es verdad?

RAMONA. Tengo una idea...

CONDESA. ¿Qué contabas?

RAMONA. No sé bien.

CONDESA. Recuerda.

RAMONA. Yo... yo...

CONDESA. ¡Ay! ¡tambien
Ramona tartamudea!...
¡Já, já! ¡Qué escena tan bella
cuando todos os quedeis
tartamudos!...
(La observan todos con gran inquietud.)
No tembleis,
que esta risa no es aquella.
¡No! Si ya tengo valor
para todo; ya estoy firme...
Morirme... solo morirme
no me diera gran dolor;
porque ya veis que no puedo
ser mujer más desdichada;
pero á morir deshonrada,
la verdad, le tengo miedo.
Como hoy mi afrenta es segura,
dirán, mirando mi losa,
que mi vida escandalosa
me labró la sepultura.

Y ya veis, esto es capaz...
Hoy no vivo ni sosiego,
y que no me dejen luego
tampoco dormir en paz!...

PETRA. Vamos, cálmate; deten
el llanto: mira por tí;
no te apures.

CONDESA. ¡Esta si
que habla claro y duerme bien!
¿Lees periódicos?

PETRA. Á veces.

CONDESA. ¿Tienes aficion...

PETRA. Si tal.

CONDESA. Á la seccion criminal? (Pausa corta.)
¡Petrita, que palideces!...
¿Leiste cierta desgracia
en que hubo envenenamiento,
y venta, y un documento...
¿cómo era?... á carta de gracia.—
Dieron muerte al criminal;
garrote: ¿sabes?

PETRA. No sé...

CONDESA. Pues aqui te traigo...

PETRA. (Asustada.) ¡Qué!

CONDESA. La acusacion del fiscal.
¡Y qué bien pide justicia!
Y pinta al pobre labriego
juntando el dinero, y luego
la inquietud y la avaricia
del verdugo, y pide en precio
de sus maldades, la muerte.
Pues que tanto te divierte
esta seccion, lee de recio.
Lee.

PETRA. ¿Yo?...

CONDESA. Parece que mengua
tu audacia.—Venid los dos.
Lee.

PETRA. Si, si... (Se le cae el periódico.)

CONDESA. ¡Gracias á Dios
que te se traba la lengua!...—
Pablo vendió... La escritura,

(Cambiando de tono)
¿en qué forma... cómo es?

GASPAR. ¡Señora!... (Vá á arrodillarse.)

PETRA. (Pasando repentinamente á su lado.)
¡Calla! ¿No ves
que alimentas su locura?

CONDESA. ¡Locura!...

PETRA. La convulsion
te amaga: ten caridad...

CONDESA. ¡Inícuos!... (Si, si; es verdad:
(Conteniéndose.)
no perdamos la razon.
Lo quieren...)

RAMONA. Temo que ahora...
(Ramona y Gaspar observan con inquietud y lástima á Isabel)

ESCENA VI.

DICHOS, y SABINO, que entra muy de quedo y toca á PETRA en el hombro.

SABINO. ¡Chis!

PETRA. ¡Calla!—¿Qué cara es esa?

SABINO. Nos quedamos sin la dehesa.
Todo se perdió, señora.

PETRA. ¡Qué!...

SABINO. Que mañana un amigo
dá la suma.

PETRA. ¡Y tanto anhelo!...

SABINO. No hay más.

PETRA. Castigo del cielo,
¡pero qué horrible castigo!

SABINO. ¡Prudencia! De cierto modo
podemos sacar bocado.
Don Roberto...

PETRA. Ese malvado
tiene la culpa de todo.

SABINO. Del caso ignorante está.

PETRA. ¡Pues calla! ¿Quiere comprarte?...

SABINO. ¡Eso!... le vendo mi parte.

PETRA. Calla y vende.

SABINO. (Venderá.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos SABINO.

PETRA. (¡Qué inútil crímen!)
GASPAR. ¿Y puedes
sufrir tan enorme peso?
PETRA. ¿Isabel?
CONDESA. ¿Qué?
PETRA. Te confieso
la verdad, si nos concedes
tu perdon.
CONDESA. Si; mi perdon...
habla: no te quedes muda.
RAMONA. (¡Ay, me alegro!)
GASPAR. (¡Dios sin duda
le ha tocado al corazon!)
CONDESA. Mostrad la red en que presa
me teneis. Dadme la vida.
PETRA. Si; Pablo tiene vendida
(Con expresion de vergüenza y arrepentimiento.)
á retro-venta una dehesa.
CONDESA. ¡Ah! ya...
PETRA. Roberto compró
y á nosotros nos dió parte,
y dijo que de casarte
con Pablo... perdiamos...
CONDESA. ¡Oh!
¡Mi sospecha!...
PETRA. Ya verás
que siento haberte ultrajado.
CONDESA. ¿Y no habeis envenenado
á Pablo? No falta más.
Ni aun eso falta.
GASPAR. ¡Por Dios!...
¡Yo he condenado y condeno
mi crímen!...
(Cae á sus pies: Petra se cubre el rostro con las manos: Ramona se enjuga los ojos.)
CONDESA. ¡Qué más veneno
que el que tenemos los dos! (Pausa.)
Y matan á aquel... (Señalando el periódico.)

Y en calma
quien igual delito emprende
vive, que la ley defiende
el cuerpo, pero no el alma.
No hay diferencia en los dos
delitos, y en la sentencia
á uno muerte, á otro opulencia...
Pero ¿qué importa? ¡si hay Dios!
De mundo tan justiciero
nada aguardo.—En tí, Dios mio,
en tí nada más confio;
tú me salvarás: lo espero.—
Decid: ¿el plazo ha espirado?

PETRA. No.

CONDESA. ¿Qué falta?

PETRA. Una semana.

CONDESA. ¡Oh! pues en vano se afana
la codicia del malvado.
¡Yo soy rica! y haré yo
que mi Pablo... ¡ay, desdichada!...
de una mujer deshonrada
no admite favores, ¡no!

PETRA. Roberto de tu inocencia
tiene la prueba cumplida.

CONDESA. ¡Si!?...

PETRA. Pedirá...

CONDESA. Que me pida
mi fortuna, mi existencia.

PETRA. Está en casa y quiere hablarte.

CONDESA. Idos, idos sin demora.

GASPAR. Y yo al momento, señora,
le voy á vender mi parte.

PETRA. Si él descubre, dará traza...

CONDESA. No. Mas por Dios que vendais,
que os tiemblo mientras tengais
en la boca esa mordaza.

ESCENA VIII.

La CONDESA, despues ROBERTO.

CONDESA. Ya sé el mal que me atormenta.

Aun verlos se me figura
negociar mi desventura,
sumar y restar mi afrenta!...
Esa prueba... ¿De qué modo?...

ROBERTO. (La ocasion es oportuna:
hoy me ayuda la fortuna
y debo intentarlo todo.)
Condesa... ¿Qué tal?

CONDESA. Mejor.

ROBERTO. Á curar á usted me obligo
por completo.

CONDESA. ¿Si?

ROBERTO. El amigo
vá á convertirse en doctor.
Á usted le quita la vida
la calumnia.

CONDESA. ¿Quién lo ignora?

ROBERTO. Pues respire usted, señora,
¡la calumnia está vencida!

CONDESA. ¡Ah! ¿Cómo?...

ROBERTO. He luchado á muerte;
pero he sabido vencer,
y he callado hasta poder
hablar á usted de esta suerte.
Andrés...

CONDESA. ¡Ah! (Con repugnancia.)

ROBERTO. Despues de aquello
me escribió la verdad clara.
Quiso que yo negociara
en su favor su atropello.

CONDESA. ¿Y escribe la verdad?...

ROBERTO. Toda;
que el escándalo movió
porque el escándalo y yo
concertáramos su boda
con usted; que estuvo allí
solo.

CONDESA. ¿Eso dice! ¡Y la carta!...
¿Quién la tiene?

ROBERTO. No se aparta
un solo instante de mí.

CONDESA. ¡Ah! ¡venga, venga al instante!...

Por Dios, que no pase un dia
ROBERTO. ¡Calma! Si hay más todavia.
CONDESA. No: si con eso es bastante.
ROBERTO. He comprado documentos
que comprometen á Andrés,
y el brillante jóven es
huesped en estos momentos
de la cárcel. Asi muere
su crédito; asi evita
las dudas; asi acredita
lo que en la carta refiere,
y quedan ustedes dos
en el puesto merecido.
CONDESA. ¡Ay! Dios de usted se ha valido,
Roberto; gracias á Dios.
ROBERTO. He buscado con afan
á todos nuestros amigos,
á los que fueron testigos
de aquel lance: aqui vendrán;
que los traigo á que proclamen
el triunfo. (Con entusiasmo.)
CONDESA. ¡Vírgen Maria!...
Yo tambien de parte mia
haré que á todos los llamen.
ROBERTO. Sabrán la prision de Andrés;
verán su firma y su letra.
CONDESA. ¡Gracias! (Estrechándole una mano.)
(Si es bueno; si Petra
me ha engañado.)
ROBERTO. Y yo despues,
para que ni al más villano
quede la duda menor,
yo, que soy hombre de honor,
á usted pediré su mano.
CONDESA. (¡Ah! Ya comprendo...) (Pausa.)
ROBERTO. Usted vea
si el hombre que ha obrado asi...
CONDESA. (¿Cómo decirle que si
de modo que él me lo crea?)
ROBERTO. ¿Qué ha hecho Pablo, que jamás
mereció tanta ternura?
CONDESA. (¡Eh! ¡valor!...)

ROBERTO. Con su locura
perder á usted. ¿Ha hecho más?
Veremos si usted resuelve
tratar con mejor agrado
al que su honor le ha quitado
que al que su honor le devuelve.

CONDESA. Él ya no trata de amor;
pues como pobre se mira
y teme al mundo, no aspira
á nada.

ROBERTO. Tanto mejor.

CONDESA. Mas estas cosas conviene
tratarlas... yo... bien se vé
mi posicion: yo no sé
la posicion que usted tiene. (Pausa.)

ROBERTO. (Cuando empobreció su amante
lo trató con esquivez:
bien lo recuerdo; y tal vez
no soy rico lo bastante...)
Diré sin reserva alguna...
Mas calle usted...

CONDESA. Mientras viva.

ROBERTO. Mi mayor fortuna estriba
en que ignoren mi fortuna.
Yo no he heredado riquezas:
he hecho alguna: ahora comienzo.

CONDESA. ¿Y cuánta?

ROBERTO. Si me avergüenzo
de confesar mis flaquezas.—
Se reduce mi caudal
á dos millones.

CONDESA. No es mucho.

ROBERTO. Entro en negocios: soy ducho;
y esto es un gran capital.

CONDESA. No es mucho.

ROBERTO. (Resentido.) Y mi posicion
es ménos, si usted me resta
diez mil duros que me cuesta
poner á Andrés en prision.
No espero que usted deduzca
esta suma.

CONDESA. ¡Ah! no, señor.

ROBERTO. Y aun espero que en amor
algun interés produzca.
CONDESA. Ya basta: usted no comprenda
que soy avara.
ROBERTO. No. Es justo
que tratemos... y yo gusto
de que la gente se entienda.—
Y un negocio que ya miro
cercano, que doy por hecho,
puede darnos de provecho
seis millones!
CONDESA. (Fingiendo alegria.) ¡Seis!
ROBERTO. (Observando su alegria.) (Respiro.)
(Pausa corta.)
El escribano al instante
vendrá, si aqui no se encuentra.
CONDESA. ¿Lo ha citado usted?
ROBERTO. Si. ¿Entra
ó no?
CONDESA. Que pase adelante.
ROBERTO. ¿Será tan feliz mi estrella?
CONDESA. ¿Pues qué más he de decir?
ROBERTO. ¡Oh! Voy á hacerlo venir,
si no está en casa.
(Al desaparecer, examinando rápidamente á la Condesa.)
(¡Y es bella!)

ESCENA IX.

La CONDESA, despues GASPAR, RAMONA y PETRA.

CONDESA. ¡Y piensa que he de acceder!...
Soy avara: ¿por qué no?—
¡Prudencia! que tambien yo
algun negocio he de hacer.—
Que escuche Pablo es preciso,
de mi inocencia la prueba.
¿Qué causa habrá que le mueva
á venir? ¿Con quién le aviso?
(Tira de un llamador y suena la campanilla.)
¿Vendrá?... Qué dulce contento

cuando sepa lo que pasa!...
Si estoy por ir á su casa
yo misma...—¡Qué atrevimiento!...
¡Jesus!... Él duda, y si vé
determinacion tan ruda,
acrecentarán su duda
los arranques de mi fé.—
¿Quién irá? ¡Dios de los buenos!
¿Ha vendido usted?... (Á Gaspar.)

GASPAR. Lo ansio.

CONDESA. (¡No! pues de tí no me fio.)
(Se adelanta y encuentra á Ramona.)
(Ni de tí.)

PETRA. ¿Qué?

CONDESA. (De esta ménos.—
Mi mayordomo... Él me adora
y llorará en mi demanda,
y cualquier dureza ablanda
un viejecito que llora.
¿Quién mejor? Ese es mi socio,
que á pesar de su edad fria,
no comprende todavia
lo que es hacer un negocio.)

ESCENA X.

PETRA, GASPAR, RAMONA, ROBERTO.

PETRA. Despues de hablar con Roberto
se queda contenta... Es raro.

GASPAR. ¿Y por qué?

PETRA. Roberto vuelve.
Dáme acá.
(Le coge el papel que tiene Gaspar en la mano.)
Yo haré el contrato.

RAMONA. Yo tambien quiero...
(Presentando otro papel que trae en la mano.)

PETRA. Pues guarda
el papel. Si vé que estamos
resueltas, nos dará ménos.

ROBERTO. (Lleno de gozo.)
(¡Esto es hecho!... El Escribano

dice que nadie, que nadie
se presenta á hacer el pago.
¡Y faltan trece minutos!
Y se queda formulando
mi escritura de esponsales...
y á más estos desdichados
hablaron ya con Sabino
y venderán. ¡Oh!...)

PETRA. (Si lanzo
la proposicion, me temo
que sospeche.)

ROBERTO. (¿Y cómo trato
la compra?... ¿Cómo dejarme
engañar sin escamarlos?)

RAMONA. (Ap. á Petra.)
Aprisa, que ya el negocio
me pesa más que un pecado.

PETRA. ¿Roberto?

ROBERTO. Señora...

PETRA. Usted
sabe el apuro en que estamos.
Nos piden esos señores
dinero...

ROBERTO. Sí; me hago cargo...

PETRA. No sabemos qué camino
tomar...

ROBERTO. Pues, Petra, es bien llano:
si ustedes venden la parte
que les dí, la compro.

PETRA. Harto
lo siento; pero Gaspar,
ya usted vé, se ha puesto malo...
(Señalando á Gaspar, que está echado en una butaca.)

ROBERTO. ¿Es calentura el negocio?

RAMONA. (Casi, casi.)

PETRA. Como Pablo
es su amigo...

ROBERTO. La salud
es antes que nada.

PETRA. ¿En cuánto
compra usted?

ROBERTO. Yo... doy el doble

de lo que han puesto.

PETRA. ¡Qué parco es usted!

ROBERTO. Como el esposo, (Señalando á Gaspar.)
señora, es tan delicado,
cuanto más gane, serán
mayores sus sobresaltos.

PETRA. Pero los que ya ha sufrido
justo es que produzcan algo.

ROBERTO. Usted puso, deducida
la parte de los muchachos,
cuatro mil duros. Doy doce.

RAMONA. (Ya triplica.)

PETRA. Hablemos claros.
Si el negocio se deshace,
lo que hemos puesto sacamos.
Cuando usted ofrece más...

ROBERTO. Juego un albur temerario.

PETRA. Sabe usted que es el negocio
seguro, y en ese caso...

ROBERTO. Ese argumento me priva
de ofrecer más.

PETRA. ¿Cómo?

ROBERTO. Es claro:
porque tendrá mayor fuerza,
señora, si más me alargo.

PETRA. Si usted á los diez y seis
llega...

ROBERTO. En los doce me planto.

RAMONA. (Ap. á Petra.)
Por Dios, señora, que temo
que se arrepienta. (Suena una campanilla.)

ROBERTO. ¿Han llamado?

PETRA. (¡Si descubre que devuelve
la suma!...)

ROBERTO. (¡Si algun acaso
manifiesta que es seguro
el negocio!... ¿Qué haré?)

PETRA. Vamos...
Gaspar repugna estas cosas,
y acepto.

ROBERTO. No me retracto.

Traiga usted el documento
que les hice.

PETRA. Aqui lo traigo.

ROBERTO. Pondré un pagaré.

RAMONA. (Mostrando su documento.) Señor,
este es el papel firmado
por usted, al admitir
mis ocho mil en el ajo.
Vendo mi parte si usted
me triplica.

ROBERTO. No he tratado
contigo.

RAMONA. Pero...

ROBERTO. (Indeciso.) (Es la presa
de Sabino.)

PETRA. Pues es raro
que usted...

ROBERTO. Venga. (¿Quién rechaza
lo que se viene á las manos?)
Firmaré dos pagarés.
(Se vá á la mesa, saca dos pagarés y los llena.)

PETRA. ¿Pagarés?...

ROBERTO. Á corto plazo.

PETRA. Bien.

ROBERTO. Y en la plaza mi firma
es dinero.

GASPAR. (Si no acabo
de comprender cómo pude
callar... ¡Oh! ¡Cuando aquel cuadro
me represento, se hiela
mi sangre!... ¡Qué horrible pasmo
sufrió mi conciencia!... Halléme
convertido en un malvado.)

ROBERTO. Tome usted.—Doce mil duros. (Á Petra.)
El tuyo de veinticuatro
mil reales. (Á Ramona.)

RAMONA. (Guardándolo en el pecho.)
(Si ahora me cae
algun negocito manso...)

ESCENA XI.

DICHOS, SABINO.

SABINO. Señores, está el salon
lleno de gente.

RAMONA. Es extraño...

SABINO. (Despues de observar á Petra y Roberto.)
(Esto me huele á... ¿Si el parte
habrá ya fructificado?)
¿Ha vendido doña Petra?

RAMONA. Si tal, y á precio bien alto.

SABINO. Hay un tonto que pretende
comprar tu parte: volando,
véndela.

RAMONA. Si la he vendido.

SABINO. ¡La has vendido! ¿Á quién?

RAMONA. Al amo
del negocio. Á don Roberto.

SABINO. Díme: ¿y él te la ha comprado?

RAMONA. ¿Á que el tonto que decias
eres tú?

SABINO. (Voy sospechando
que es verdad.)

RAMONA. (Veré qué gente
es esa.) (Sale.)

SABINO. (Ap. á Roberto.)
Doy por sentado
que usted me traspasará
la parte...

ROBERTO. Yo no traspaso
nada: yo siempre negocio
á todo riesgo.

SABINO. (Conteniendo la ira.) ¡Y el pacto!

ROBERTO. Estas son las contingencias...
Ya sabes que al fin y al cabo
estos negocios, Sabino,
se quedan en pocas manos.

SABINO. Conque yo tracé...

PETRA. ¿No vendes,
Sabino?

SABINO. (Furioso.) Si estoy rabiando
por comprar; si estan ustedes
en babia; si para el plazo
faltan solo ocho minutos.
¡Ocho!

PETRA. ¡Cómo! (Se levanta Gaspar.)

SABINO. ¡Si don Pablo
no pretende recobrar
la finca, ni lo ha soñado!

PETRA. (Llena de ira.)
¿Con que usted?...

ROBERTO. Y usted, señora,
¿por qué vendió?...

GASPAR. (Poniéndose en medio.) Basta: vamos.

ROBERTO. Esto tienen los negocios.

GASPAR. (Á Petra, que quiere hablar.)
Vamos fuera.

SABINO. ¡Si hoy no bramo!...
(Váse Sabino.)

ROBERTO. Suplico á ustedes que aguarden
en el salon. Hoy con datos
evidentes, con mil pruebas
irrecusables, rechazo
la calumnia de que es víctima
mi futura esposa. Hablo
de la Condesa.

GASPAR. (¡Qué es esto!)

PETRA. ¡Se casa usted!...

ESCENA XII.

DICHOS, la CONDESA.

CONDESA. ¿Qué ha pasado
aqui?...

PETRA. Y ella aconsejaba
la venta... (Ap. á Gaspar.)

GASPAR. ¡Imposible!...

ROBERTO. (Á la Condesa.) Gano
aun más de lo que creia
en el negocio.

PETRA. Yo aplaudo

tu resolucion.

CONDESA. ¡Qué!...

PETRA. Ya
que sé la boda, no extraño
que cuides los intereses
de tu futuro, y que tanto
empeño, tanta destreza
pusieras en obligarnos
á vender...

ROBERTO. (¡Oh! ¡me ayudaba
sin yo saberlo! ¡Qué hallazgo!)

CONDESA. Ya tú ves si es natural...

PETRA. No sé si es lícito, estando
hecho el negocio; pues sabes
que para cumplir el plazo
faltan solo ocho minutos.

CONDESA. ¡Ocho!!

PETRA. Ménos.

CONDESA. (¡Cielo santo!)

ROBERTO. (Observando su turbacion.)
¿Isabel?...

CONDESA. (Conteniéndose.) Usted me dijo
que era asunto terminado,
y aun puede... (En tono de reconvencion.)

ROBERTO. (Procurando tranquilizarla.) Si aun falta ménos
de lo que dice...

PETRA. (Á Gaspar.) ¡Insensato!...
¿Ves?... Todos hacen negocio!...

GASPAR. ¡Es imposible!...

PETRA. ¡Oh! Salgamos
de su presencia. (Salen Petra y Gaspar.)

ROBERTO. Si aqui
me he traido al escribano
que ha de recibir la suma,
y nadie se ha presentado
á entregarla.

CONDESA. (Fingiendo calma.) Pues entonces...

ROBERTO. Ni el mismo Pablo hace caso
de tal cosa.

CONDESA. ¿No?...

ROBERTO. En su casa
está durmiendo.

RAMONA. (Saliendo.) Don Pablo
pide licencia...
ROBERTO. ¡Ah!
CONDESA. (¡Valor!)
ROBERTO. ¡Si traerá!...
CONDESA. No, no hay cuidado...
ROBERTO. ¡Por qué...
CONDESA. (Tranquilizándolo.) Mandé que avisaran
á todos los que se hallaron
presentes...
ROBERTO. ¿Si?
CONDESA. Y él sin duda
vendrá como uno de tantos.
Que pase adelante. (Á Ramona.) Usted
lo recibe. (Váse.)
ROBERTO. Oigo sus pasos.
(Entra Pablo.)
Ya esta aqui. ¿Traerá el dinero?...
¡Si no me atrevo á mirarlo!

ESCENA XIII.

ROBERTO, PABLO.

PABLO. No está. Esperemos. Gran Dios,
¿cuál es la prueba? ¿Cuál es?
ROBERTO. (Mirando con ansia el reloj.)
(Faltan tres... ménos de tres...
ménos... ménos... casi dos.)
PABLO. Tengo obligacion sagrada
de escuchar su voz propicio,
que el que no escucha dá indicio
de que la maldad le agrada.
Cumpliré mi obligacion...
El viejecito exclamaba:
«¡Es imposible!» y lloraba
y no daba más razon.
Y por más que me avergüence
sigue el alma en sus prisiones,
y tampoco dá razones,
y tampoco se convence!...
¡Oh Dios!... ¡aunque huya de mí;

aunque dichosa la vea
en brazos de otro, que sea
tan pura como creí:
y líbrame del rubor
que enrojece mi semblante,
de ser silencioso amante
de una mujer sin honor!...
Ya tarda: ¿por qué motivo
esas pruebas me demora?
(Se acerca á Roberto.)

ROBERTO. (¡Oh! si pasada la hora
me lo dá, no lo recibo.)

PABLO. ¿Roberto?...

ROBERTO. (Con voz alterada.) ¿Qué es lo que quieres?
¿Á qué vienes á esta casa?
¿Me buscas á mí?

PABLO. ¿Qué pasa
para que tanto te alteres?

ROBERTO. (No trae nada.)
(Pausa: un reloj de timbre dá las doce.)
(Esa es... esa...
la hora!!...) Pablo, ya es mia
la dehesa.

PABLO. (Con abatimiento.) Cierto: hoy cumplia...

ROBERTO. (Respira.) (Con la mano en el corazon.)

PABLO. Tuya es la dehesa.

ROBERTO. Me alegro de mi ganancia,
(Tomando su tono habitual.)
y siento que hayas perdido.

PABLO. Ya sí que por algo he sido
tu amigo desde la infancia!

ROBERTO. Calma tu rencor profundo,
pues sin razon me aborreces;
ya es necesario que empieces
á saber lo que es el mundo.
Gaspar se llama tu amigo;
la Petra te quiere bien,
y á pesar de eso tambien
tomaron parte conmigo
en el negocio.

PABLO. ¡Tomaron
parte!...

ROBERTO. Y Sabino, y ¿qué más?
hasta Ramona; y quizás
por eso todos callaron,
cuando la pobre Condesa...

PABLO. ¡Qué!...

ROBERTO. Ya la vieron casada
contigo y desempeñada
con su fortuna tu dehesa.
Todo se dá á Belcebú
cuando media el interés.

PABLO. ¡Callaron!...

ROBERTO. Este que ves
es el mundo.

PABLO. ¡Ese eres tú!
Si esa maldad tan cruel;
si avaricia tan grosera
fuera el mundo, yo tuviera
vergüenza de estar en él!...
¿Y la Condesa?... (Buscándola impaciente.)

RABLO. De aqui
salió; mas si algo la quieres,
á mí me ha dado poderes
para recibirte.

PABLO. ¡A tí!

ROBERTO. ¿Lo dudas, y á enmendar vengo
el daño que tú has causado?...
Yo las pruebas he buscado
de su inocencia y las tengo.
Tú ya estabas decidido
á renunciar á su amor:
yo que vuelvo por su honor,
en cambio su mano pido.

PABLO. ¡Y ella!...

ROBERTO. Por muchas razones
que solo en tí no hacen mella...

PABLO. ¿Ella acepta?...

ROBERTO. Tambien ella
atiende á las posiciones.

PABLO. ¡Ella contigo se casa!...

ROBERTO. Ya soy rico, manifiesto
su inocencia y...

PABLO. ¡Para esto

me han sacado de mi casa!
¡Huyamos!... que en su presencia
no seré dueño de mí.

CONDESA. ¿Pablo?... (Saliendo.)

PABLO. ¡Su voz!...

CONDESA. Hoy aquí
se demuestra mi inocencia:
perdone usted si un momento
á detenerse le obligo.

PABLO. Sí tal, y seré testigo
de todo y del casamiento.

(La Condesa se dirige á la puerta del fondo, ésta se abre y aparece el salon lleno de gente.)

ESCENA ÚLTIMA.

LA CONDESA, PABLO, ROBERTO, GASPAR, PETRA, un ESCRIBANO, SEÑORAS y CABALLEROS.

ROBERTO. (Hoy ¡cuánta envidia provoco
con mi fortuna sin tasa!)
Señores...

PABLO. (Si esto que pasa
no es infame, yo estoy loco.)

ROBERTO. Al mirarnos juntos... creo
que en las Provincias estamos.
Casi casi nos hallamos
los mismos. Solo no veo
á Andresito: el pobre mozo
ni ha venido ni vendrá,
porque á estas horas está
durmiendo en un calabozo.

PETRA. ¿Preso Andrés?

ROBERTO. Y ha de tardar
en salir, segun recelo.

PETRA. ¡Preso! Será por un duelo.

ROBERTO. Por delito más vulgar.
Cuestion de ochavos.

PETRA. ¡Oh!

ROBERTO. Sí.
Si ya se hallaba arruinado;
bien lo prueba el atentado

que juntos nos tiene aqui.
Una noche esta señora
(Todos le escuchan con gran interés.)
pasó en el cuarto de Petra:
lo sabe Andrés, y penetra
en su aposento á deshora.
Y aunque lo urdió de manera
que otrà cosa parecia,
solo su infame osadia
tuvo allí por compañera.
Señores, y es lo peor
que lo hizo con el intento
de obligarla al casamiento
por medio del deshonor.
(Movimiento de indignacion en el corro.)
Queriendo que por su cuenta
trabaje yo como amigo,
de la suerte que lo digo
en esta carta lo cuenta.

PABLO. ¡Escribe!

ROBERTO. Mostrarla quiero
á todos, si duda cabe,
tratándose de quien sabe
estafar honra y dinero.
No más que el vil interés
(Entrega la carta, que corre de mano en mano.)
medió en aquella cuestion.

PABLO. (Y por la misma razon
estos callaron despues.)

ROBERTO. Sepan ustedes ahora
que yo recibo la mano...

CONDESA. Y usted, señor Escribano,
¿nada dice?

ESCRIB. Si, señora.
Antes que el plazo cumpliera
un minuto...

ROBERTO. ¡Cómo! ¿Qué?

ESCRIB. He recibido, y doy fé,
los quince mil; ya está fuera
de trabas y compromiso
la dehesa.

ROBERTO. ¡Es esto verdad!

¿Pablo dió la cantidad?
ESCRIB. No, señor; ni era preciso.
Otro en su nombre lo ha hecho,
y es igual para el contrato;
este es el *cuasi mandato*
de que nos habla el derecho.
Tiene usted desempeñada
su finca y ante escribano.
PABLO. ¿Qué mano ha sido? (Con reserva á la Condesa.)
CONDESA. (Del mismo modo.) Esta mano,
que ya sabes que es honrada.
Calla.
ROBERTO. Y usted cautelosa
vendió con seguridad...
PETRA. Una cosa es la amistad
y el negocio es otra cosa.
ROBERTO. (Y vengo á perder!...)
PETRA. ¡Que el vil
nos reprenda y nos acuse! (Ap. á Gaspar.)
SABINO. Saco los doce que puse. (Abismado.)
RAMONA. Pues yo veinticuatro mil.
ROBERTO. En fin, no es motivo este
para romper el concierto.
CONDESA. Poquito á poco, Roberto;
deje usted que sume y reste.
Cuando usted juzgó el proyecto
seguro, lo hice mi socio;
pero, amigo, este negocio
ya vá cambiando de aspecto.
Como Pablo sube en renta
lo que usted baja...
ROBERTO. (¡Oh, qué red!)
CONDESA. ¿Quién puede dudar que usted
(Con el mayor desprecio.)
á mí no me tiene cuenta?
Y siendo él rico y yo honrada,
y estando de amores loco,
¿quién puede dudar tampoco?...
¡Pablo mio! (Se abrazan.)
PABLO. ¡Prenda amada!
SABINO. Chica, serás mi parienta:
ya sabes que te idolatro.

RAMONA. Tú doce... yo veinticuatro...
Chico, no me tienes cuenta.
CONDESA. Para administrar mis bienes,
¿quién mejor que mi marido?
Y el cuarto que habeis vivido
de balde...
PETRA. ¡Qué! ¿tambien tienes
la crueldad...
CONDESA. Si, desde ahora
quiero que rente: lo siento,
pero, hija, el tanto por ciento
es una razon traidora.
Cuando á todo poderoso
llega el interés inmundo,
ya lo ves, nadie en el mundo
puede vivir con reposo.
RAMONA. Por Dios... Calme usted su encono:
no es malo mi corazon;
pero me cogió la accion
el negocio...
CONDESA. ¡Eh!... te perdono.
RAMONA. ¡Ah!...
CONDESA. Y á vosotros tambien.
PABLO. ¿Olvidas tanto dolor?...
CONDESA. ¿Quién puede guardar rencor
en medio de tanto bien?
Me ofendisteis de mil modos.
GASPAR. Venga á usted la pena mia.
CONDESA. Mis lágrimas de alegria
os purifican á todos.
PETRA. ¡Gracias!
CONDESA. Vivirás en calma,
si llegas á comprender
que ese afan de enriquecer
el cuerpo á costa del alma;
ese universal veneno
de la conciencia del hombre,
que nos tapa con el nombre
de negocio tanto cieno!...
Codicia que nunca está
saciada y siempre anhelante;
si en el hombre es repugnante,

en la mujer ¿qué será?
Y hay negocios, sí por Dios,
muy justos: no los igualo
todos. ¿Verdad que no es malo
el que hemos hecho los dos?
Ya eres rico.

PABLO. Ya no quiero...

CONDESA. Pues yo me alegro en verdad,
que á quien tiene caridad
jamás le estorba el dinero.

PABLO. Yo de gastarlo respondo,
mi bien, mirándome en tí.

CONDESA. ¡Ay, Pablo mio! este si
que es un negocio redondo!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 16 *de Mayo de* 1861.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.